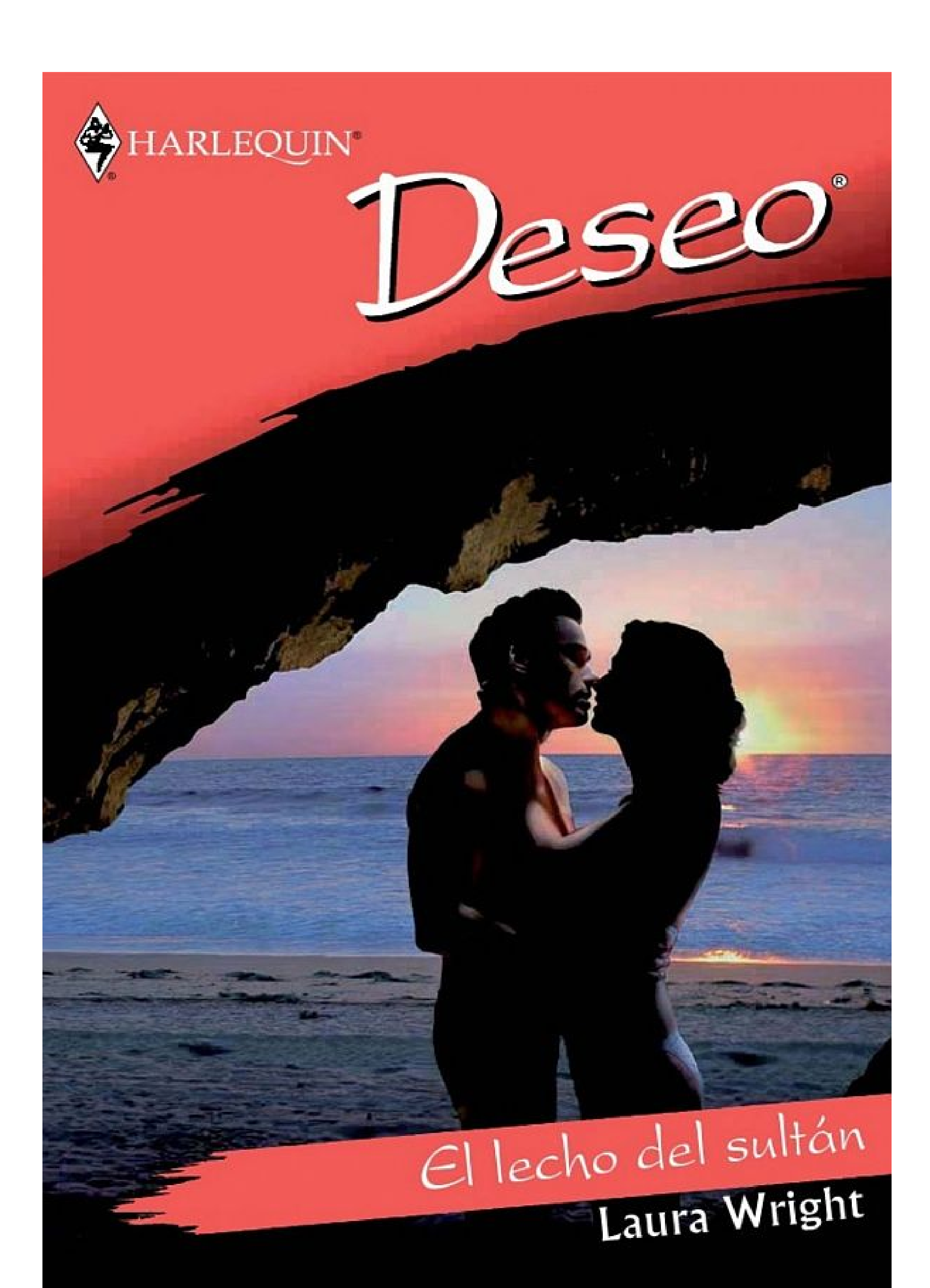

HARLEQUIN®
Deseo®
El lecho del sultán
Laura Wright

Nunca había deseado comprometerse… pero tampoco podía dejarla marchar…

La abogada matrimonialista Mariah Kennedy estaba acostumbrada a codearse con hombres ricos y despiadados cada día en los tribunales. Su nuevo vecino, el arrogante Zayad Al-Nayhal, era precisamente el tipo de hombre en el que sabía que no debía confiar.

El Sultán de Emand estaba en California para resolver una crisis familiar, no para dejarse llevar por la atracción que sentía por la bella y testaruda Mariah. Pero ninguno de los dos pudo resistirse y muy pronto su relación les exigía un compromiso que Zayad nunca había estado dispuesto a aceptar…



Laura Wright

El lecho del sultán

Deseo - 1413

Saga: (Thompson / Al-Nayhal 03)

ePub r1.0

LDS 20.12.16

Título original: *The bed*
sultan’s
Laura Wright, 2005
Traducción: Victoria Horrillo Ledesma
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 177 /
Silhouette Desire (SD) - 1661
Protagonistas: Zayah Al-Nayhal y Mariah Kennedy.
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Prólogo

—Nuestro padre tuvo otro hijo.

Después de pronunciar esas palabras, Zayad Al-Nayhal, sultán de Emand, ejecutó una perfecta rotación y clavó su espada en un torso imaginario. Cuando se echó hacia atrás, apoyó firmemente los pies en el suelo de la terraza que rodeaba el tercer piso del palacio. Estaba tenso, exhausto y le sangraba la mano derecha.

Normal, después de tres horas y media de ejercicio.

No, de diversión.

La noche anterior había recibido una carta del antiguo ayudante de su padre, escrita unos días antes de morir. La carta había sido entregada por su hijo y era de tal intensidad emocional que Zayad inmediatamente llamó a su hermano y le pidió que volviera a casa. Sin saber nada, pero sorprendido por su agitación, Sakir se había puesto en marcha una hora después.

Zayad intentó dormir esa noche, pero fue imposible. A las dos y media de la mañana, escapó de su cama vacía y salió a la terraza, dispuesto a esperar a su hermano mientras se ejercitaba con la espada.

Tras los muros del palacio, en el desierto, el sol empezaba a asomar en el horizonte. Estaba amaneciendo y su hermano había llegado a Emand.

Recortado contra un escenario de balcones de piedra, cortinas de seda y cúpulas doradas, Sakir Al-Nayhal lo miraba con expresión ceñuda, los brazos cruzados.

—Lo has intentado todo para traerme a Emand, pero inventar

esa historia…

—No he inventado nada, hermano.

—No te creo —replicó Sakir—. He dejado a mi esposa embarazada en Estados Unidos porque me pareció que…

—¿Que era una emergencia?

—Sí. Y te encuentro aquí jugando con la espada.

Con los ojos fijos en su hermano, Zayad dirigió la punta de su espada hacia una mesita redonda situada bajo una cascada artificial. Sobre la mesa había una bandeja de oro que contenía su desayuno. Y al lado de la bandeja, una carta de dos páginas, sus bordes agitándose suavemente con la brisa.

—Draka escribió esa carta antes de morir. Lo que dice es tan extraordinario y de tal importancia que me pareció inevitable apartarte de Rita.

Sakir miró la carta, pero no se movió.

—¿Qué dice?

—Que hace veintiséis años nuestro padre viajó a Norteamérica. Iba a encontrarse con dos senadores de California para hablar de los modernos métodos de extracción de petróleo —contestó Zayad—. Allí conoció a una mujer.

—¿Una mujer? —repitió su hermano.

—Una joven que trabajaba para uno de los senadores. Parece que nuestro padre se quedó cautivado por su belleza y su personalidad. La invitó a cenar y ella aceptó. Después de cenar, dieron un largo paseo por la costa… —Zayad se detuvo, respirando profundamente— y luego ella lo invitó a pasar la noche en su casa.

Sakir tardó un momento en hablar:

—Eso es muy difícil de creer. Nuestro padre odiaba a los norteamericanos.

—Yo también pensaba eso, pero según Draka, esta mujer era diferente.

Por segunda vez en veinticuatro horas, la cólera invadió a Zayad y se odió a sí mismo por ello. Él no era un romántico, no creía en el amor. Sabía cómo actuaban los hombres de su posición, incluso los hombres casados. Pero su padre había sido diferente. O eso creía. El sultán nunca se había llevado a la cama a ninguna mujer que no fuera su esposa. Decía amarla profundamente y no tomó más esposas, como otros gobernantes de la zona.

—¿Cuánto tiempo estuvo en Norteamérica? —preguntó Sakir.

—Tres días.

—¿Y los pasó con esa mujer?

—Eso parece.

—Pero has hablado de un hijo…

—Un mes después de regresar a Emand, la mujer se puso en contacto con Draka.

—¿Y?

—Dijo que iba a tener un hijo y que el padre era el sultán. Quería hablar con él, darle la noticia.

—¿Y qué dijo nuestro padre?

Zayad se acercó a la balaustrada, buscando calma en el duro paisaje, el desierto y las montañas detrás.

—Draka nunca se lo contó.

—¿Qué? —exclamó su hermano.

—Draka no creyó a la mujer.

—Pero deberían haber investigado…

—Por supuesto, pero no se hizo —lo interrumpió Zayad, mirando los jardines de palacio. En ellos había flores, plantas y árboles frutales, pero sobre todo, estaba la tumba de su hermano menor, Hassan. El chico había muerto muchos años atrás, en un entrenamiento militar y Zayad aún no había podido superar su muerte.

Pero las mariposas revoloteaban sobre las flores de su tumba, un recuerdo de que su espíritu seguía allí.

Zayad supo en ese momento, que aunque sólo existiera una mínima posibilidad de que Sakir y él tuvieran otro hermano, debía ser investigada hasta el final.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sakir.

—Esto es un asunto personal, un asunto de familia. Quiero saber si tenemos un hermano en Norteamérica.

—Muy bien. Lo buscaremos.

—Yo lo buscaré.

—Pero…

—Como tú mismo has dicho, tienes una esposa embarazada que te necesita. No puedes dejarla sola más de un par de días. Sería un egoísta si te alejara de tu casa en este momento, pero no quería contártelo por teléfono.

—Has hecho bien.

—Pero tu deber es volver con Rita.

Sakir apretó los labios.

—Si ese niño existe, tendrá que hacerse una prueba de ADN.

—Por supuesto. Aunque ya no es un niño, han pasado muchos años.

—Ahora será un adulto, sí.

Zayad pinchó la carta con la punta de su espada para ofrecérsela a su hermano.

—Lee el último párrafo.

Sakir tomó el papel y Zayad observó, divertido, el cambio de expresión en su rostro.

—¿Una chica?

—Sí, una chica —también él se había quedado sorprendido. Después de tener tres hijos varones, no se le ocurrió que su padre hubiera tenido una hija.

—¿Dónde está? —preguntó Sakir.

—Vive a una hora de Los Ángeles, California. En un sitio que se llama Ventura.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana por la mañana. Pero la investigación ya ha comenzado. Antes de irme quiero saber algo más sobre esta mujer.

—¿Y qué harás cuando llegues allí?

—Viviré como un norteamericano, conoceré a ésta Jane Hefner, comprobaré si es una Al-Nayhal, si es capaz de aceptar la verdad.

—Me tendrás informado, espero.

—Por supuesto.

Zayad le hizo un gesto a uno de los criados para que se llevara la bandeja y a otro para que tomara la espada. Naturalmente, no perdieron un segundo en obedecer.

—Podríamos tener una hermana —dijo Sakir, con una sonrisa en los labios.

Zayad no compartía su entusiasmo.

—No te hagas ilusiones. Podríamos tener una hermana… pero también podríamos tener una impostora.

Capítulo 1

«¿Todos los hombres son imbéciles o qué?».

Mariah Kennedy salió de su Ford Escort del 92, sin aire acondicionado, para enfrentarse con los cuarenta grados al sol de California.

«*Guapísimo, encantador, inteligente, con diez millones de dólares a su nombre y se niega a pagar la pensión alimenticia de sus gemelos*».

Mariah cerró de un portazo.

Estaba empapada en sudor. Desde el moño rubio hasta el falso traje de Chanel, que se le pegaba a la espalda mientras subía hasta su viejo, pero encantador, dúplex. La brisa del verano llegaba desde el mar, a menos de un kilómetro de allí, refrescando su piel y su mal humor.

«*No, no todos los hombres son imbéciles. Mi padre era un hombre estupendo. Deben de ser sólo los guapos y millonarios los que son imbéciles*».

Mariah llegó a la puerta y con su particular estilo, se puso a buscar las llaves en el bolso mientras, simultáneamente, se inclinaba para tomar el periódico que el chico había tirado sobre la alfombrilla.

Normalmente, conseguía hacer ambas cosas sin problema.

Pero aquel día todo eran problemas.

El titular: *La exposición al sol causa sobrepeso,* hizo que dudase un momento, dispuesta a dejarlo donde estaba.

Entonces oyó un ruido detrás de ella. Sin pensar, se levantó y se dio la vuelta a la vez…

Mala combinación.

Con ese mismo estilo torpe, inepto y humillante que había sufrido durante toda la mañana en los juzgados, se dio de cabeza contra un torso masculino.

Una extraña mezcla de hipo y grito salió de su garganta mientras dejaba caer el bolso. El contenido cayó al suelo, a sus pies, excepto un rotulador rojo y un par de medias, que se quedaron enganchadas en un arbusto.

—¡Maldita sea! —exclamó Mariah, poniéndose de rodillas. El hombre se colocó a su lado—. No se preocupe, lo tengo todo controlado.

—Pues yo diría lo contrario.

Ella se detuvo. Entre el golpe y el bolso volador, apenas había tenido tiempo de fijarse en su cara.

Alto, moreno…

Mariah levantó la mirada.

Un calor inmenso y no el del sol, pareció clavársele en los huesos. Nunca en su vida había visto un modelo de la revista GQ en carne y hueso. Pero allí estaba. Ojos oscuros, profundos, pelo negro, bien cortado, facciones angulares, masculinas, elegantes y unos labios, que estaba segura, habrían vuelto locas a muchas mujeres.

Era la clase de hombre que podía decirte al oído: «*Soy veneno para las mujeres. Cuidado*».

Mariah intentó controlar los latidos de su corazón, pero no sirvió de nada cuando el hombre la miró a los ojos.

Debía de tener unos treinta y cinco años y era increíblemente guapo. Tenía ese aire de seguridad, de confianza en sí mismo que impresionaría en un tribunal a hombres y mujeres. Aunque no llevaba toga. Ni siquiera un traje de chaqueta. No, llevaba una simple camiseta negra. Por supuesto, en un cuerpazo como aquél, nada podía ser simple.

Mariah se odió a sí misma por pensar esas cosas.

Aquel hombre tan guapo debía de ser el nuevo inquilino del que le había hablado el día anterior la señora Gilí.

El inquilino al que la señora Gilí se había referido como «*un joven encantador*».

El «*joven encantador*» levantó una ceja en ese momento.

—No quería insultarla. Es que parecía usted un poco nerviosa.

Una voz de barítono acompañada de un leve acento extranjero. Perfecto.

—No estoy nerviosa.

El desconocido tomó el ejemplar de *Las mujeres que aman a hombres idiotas,* el libro que llevaba en el bolso y se lo devolvió.

—Si puedo hacer una sugerencia…

—¿Qué? ¿Que mire por dónde voy?

—Sí, eso estaría bien —sonrió él, ofreciéndole su mano—. Cuando se va despacio estas cosas no pasan.

—A mí no se me da bien ir despacio.

—Y disculparse cuando uno ha provocado una situación desagradable también está bien.

Mariah sonrió. A lo mejor estaba equivocada sobre los hombres guapos y encantadores.

—Sí, está bien y agradezco la disculpa. La verdad es que me ha dado un susto…

—No yo hablaba de usted. Es usted quien debe disculparse, ¿no?

«*A lo mejor sí es imbécil*».

—¿Perdone?

—Fue usted quien se chocó conmigo, ¿no es así?

—Sí, pero fue un accidente.

—Yo no creo en los accidentes. Pero aun así, estaría bien una disculpa.

Mariah, siendo abogada, estaba dispuesta a discutir el caso, pero después del día que había tenido no le apetecía nada.

—Lamento inmensamente haberme chocado con usted. ¿Qué tal?

Él no parecía contento.

—Supongo que tendrá que valer, señorita…

—Mariah Kennedy —contestó ella.

—Yo soy Zayad Fandal. Vivo en el piso de al lado.

Por supuesto. Había acertado, el inquilino. Después de todo, era su destino vivir, trabajar, divorciarse y discutir con hombres altos, morenos y guapos.

«*Recuerda, se puede mirar pero no tocar*».

—Encantada de conocerlo, señor Fandal. Bienvenido al barrio. Y de nuevo, lamento mucho el golpe que le he dado —dijo Mariah, metiendo la llave en la cerradura.

—Espere un momento, señorita Kennedy.

Cuando volvió la cabeza, Mariah descubrió que él le estaba mirando descaradamente el trasero.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarle una cosa?

«*No estoy interesada, gracias*».

Después de soportar un divorcio que había durado cuatro años y ver las pesadillas por las que pasaban muchas de sus clientas con tipos como aquél, Mariah había jurado salir sólo con hombres que midieran menos de metro setenta y que tuvieran ojos normales y corrientes. Hombres que no le interesaran ni física ni intelectualmente.

¿Una estupidez? Probablemente. Pero era seguro. Muy muy seguro.

—¿Qué, señor Fandal?

—Me gustaría saber si su compañera de piso, Jane Hefner, está en casa.

«¡*Ah, claro*!».

Ella pensando que el tipo de los ojazos estaba interesado y quien le interesaba era Jane. Normal. Su preciosa compañera de piso tenía hombres haciendo cola. Mariah, rubia, bajita y más bien voluptuosa, no podía competir con Jane, una morena altísima de piernas kilométricas y ojazos verdes.

Sin duda, había visto a Jane por la mañana, sin el sudor y sin la colisión y se había quedado prendado.

«*¡Qué tonta soy!*».

—Jane está trabajando, pero volverá más tarde.

—Gracias —sonrió él—. Adiós, señorita Kennedy.

El tipo inclinó ligeramente la cabeza, bajó los escalones que llevaban a la acera y subió a un brillante coche negro. Mariah se quedó pensando lo guapo que era, de frente y de espaldas.

Luego dejó escapar un suspiro. Más que nada en el mundo, le gustaría tener un amor de verano. Últimamente, se había sentido muy sola. Nada de hombres, ni siquiera los de metro setenta. Un romance de verano con Zayad Fandal… pero eso era una fantasía. Los hombres así mentían, engañaban y desaparecían al menor problema.

Aunque odiaba haberse vuelto tan amargada. Enfrentarse con la

realidad había hecho que fuese mejor abogada, pero ¿qué le había hecho como mujer?

Recordaba un tiempo, siglos atrás, cuando vivía en una eterna primavera. El amor aparecía y le hacía ver mariposas, como en los dibujos de Disney. Pero un hombre le había robado esa alegría, llevándose con él todas sus ilusiones.

El bolso le pesaba como una piedra mientras entraba en casa, dispuesta a zamparse una bolsa de galletas y a darse un largo baño caliente.

* * *

El sultán se había arriesgado yendo a América con un reducido grupo de seguridad, pero se negaba a estar permanentemente bajo vigilancia. Había llevado tres hombres y los tres tenían órdenes de protegerlo solo cuando él lo pidiera.

Mirando por el retrovisor a la preciosa y combativa señorita Kennedy Zayad arrancó el coche. Tras él arrancó otro de inmediato y estuvo a punto de pisar el freno y decirles que lo dejaran en paz, pero no lo hizo. Estaba acostumbrado a resistir impulsos y deseos que no servían a los propósitos de su país.

En ese momento, sonó su móvil.

—Dime, Harin —suspiró Zayad, con desgana.

—¿Adónde vamos, señor?

—A la playa —contestó él. Necesitaba ejercicio, algo que calmara sus nervios. Su espada estaba en el asiento trasero, preparada para la acción.

—Sugiero que vayamos a la playa de Dove, señor. A esta hora no hay casi nadie. No lo molestarán.

—Muy bien. Pero iré solo.

—Señor…

—Volved a casa. Os diré cuándo os necesito —lo interrumpió Zayad, antes de colgar.

Sólo iba a la playa y podría protegerse si hiciera falta. Después de todo, era un experto con la espada y había estudiado con un gran guerrero, Ohanda. A los doce años, el joven sultán era capaz de oír los pasos de un predador, fuera animal o no, a cinco metros de

distancia.

Pero Zayad también entendía, que en determinadas situaciones, era mejor llevar protección. Debía volver a su país sano y salvo. Ése era su deber. Y pensar en su hijo, que tenía trece años y aún no estaba preparado para ocupar su puesto si le pasaba algo.

Pensar en su hijo lo hizo pensar también en la chica que podría o no ser su hermana. Una joven que quizá no sabía que era de sangre real. Una joven que quizá no conocería la existencia de sus dos hermanos.

Zayad abrió una carpeta que reposaba en el asiento del pasajero. En ella había una fotografía: una joven guapísima con los pómulos del difunto sultán y los ojos verdes de Sakir. No le hacía falta una prueba de ADN. Aquella mujer era de su familia. Pero sabía que esa demostración sería necesaria para otros. De modo que mientras un experto hacía la prueba, él intentaría conocerla.

Esa misma noche.

Zayad se sentía emocionado como un crío. Él había nacido para gobernar, para permanecer impasible. Le habían enseñado a vivir bien, a tener grandes pensamientos, a ser compasivo con los más débiles e implacable cuando era necesario.

Y como a su hermano Sakir, a entender que los sueños eran para otros y que la muerte llegaba sin avisar. Pero había ocasiones, como el nacimiento de su hijo, cuando la alegría era abrumadora. Conocer a su hermana sería otro de esos momentos.

Zayad giró a la izquierda y se dirigió a la playa de Dove. Haría ejercicio durante un par de horas y luego volvería al dúplex. Pero debía hacer todo lo posible por mantener aquella misión en secreto.

El consejo de gobierno, como los hombres que habían ido con él, excepto su ayudante personal, Fandal, de quien había tomado prestado el apellido, creían que había ido a California para descansar. Por supuesto, no habían cuestionado su elección de alojamiento ni su interés por su vecina… No se atreverían.

Y Zayad esperaba que siguiera siendo así durante dos semanas.

Dos semanas sin interrupciones, sin preguntas, sin distracciones.

Una guapa rubita de cuerpo voluptuoso y ojos del color de la arena de Emand al atardecer apareció en su mente. La compañera de piso de su hermana era una chica alegre y con carácter. Si tuviera tiempo, podría considerar la idea de tener un romance con

ella…

Zayad apretó el volante con fuerza.

Su padre había dicho una vez: «*Un hombre no es un hombre si no sabe contenerse. Especialmente, en asuntos de Estado*».

La brisa del mar entraba por la ventanilla, pero eso no calmó a Zayad. La ironía estaba clara. Su padre, el gran sultán, había olvidado su propio consejo cuando llegó a California.

¿Podía esperar lo mismo de su hijo?

Capítulo 2

Jane Hefner era a la comida lo que Manolo Blahnik a los zapatos.

La perfección.

Mariah tomó una cucharada del extraño y delicioso helado de menta y cerró los ojos, extasiada.

—¿Por qué tienes que irte ahora mismo? No lo entiendo.

Jane dobló una falda amarilla con extraordinaria precisión y la guardó en la maleta.

—El restaurante necesita publicidad y tengo que acudir al rescate. Enseñar a una estrella de cine a hacer ternera *piccata* con patatitas francesas para su próxima película puede parecer una tarea imposible para otra persona, pero para mí…

—Para ti es un sueño, ¿no?

Jane rió.

—Oye, que es Cameron Reynolds.

—Ya. —Mariah se sentó sobre la cama y dobló unos vaqueros—. ¿Te das cuenta de que con esto me obligas a comer platos precocinados durante una semana?

Jane le quitó los vaqueros para volver a doblarlos a su manera.

—Pescado reseco, puré de bolsa, guisantes que no saben a nada… tampoco te vas a morir.

—Puede que seas un genio en la cocina, pero no tienes ninguna compasión por mi estómago.

—Lo sé. Pero volveré antes de que puedas echarme de menos.

Mariah suspiró. Debía de parecer patética. Después de su

divorcio, se había apoyado en Jane como amiga y hermana. Como cuando eran pequeñas, cuando sus padres murieron y su débil abuela le había dado una casa y poco más.

—Tu jefe tiene mucha cara por avisarte con tan poco tiempo.

—Es dinero, M.

El tono serio de Jane hizo que Mariah se quedara en silencio. Sabía que estaba ahorrando para abrir un restaurante. Era su sueño. Y como amiga, ella no pensaba poner pegas.

—Muy bien, pero si tu jefe no te compensa como mereces, lo demando. ¡Ah, espera! Tengo un amigo en el Ministerio de Sanidad que está empeñado en cerrar restaurantes italianos… creo que a su hermano lo mató la mafia o algo así.

Jane soltó una carcajada mientras cerraba la maleta.

—Gracias. Me lo pensaré.

—No es verdad. Eres demasiado buena como para pensártelo.

—Oye, me han dicho que ya tenemos vecino. ¿Lo has visto?

Mariah levantó los ojos al cielo.

—¿Que si lo he visto? Más que eso.

—¿Qué ha pasado?

—Digamos que lo he hecho mejor que nunca… casi acabamos pegándonos.

Jane se dejó caer sobre la cama.

—¿Es guapo o un espanto como el último?

—¿Por qué me lo preguntas? Tú también lo conoces.

—¿Yo?

Mariah le guiño un ojo.

—Has debido de decirle «*Hola*» o algo porque él te conoce.

—¿Me conoce? ¿De qué estás hablando?

—Me preguntó por ti cuando se chocó conmigo… bueno, cuando yo me choqué con él. Quería saber si estabas en casa. Tengo la impresión de que te ha visto y quiere salir contigo o algo así.

—Qué raro. A lo mejor la señora Gilí le ha hablado de nosotras y después de conocerte a ti quiere conocerme a mí… como un buen vecino.

—No lo creo. Y ten cuidado —dijo Mariah—. Ese hombre es un peligro.

—¿Por qué? —preguntó Jane, poniéndose unas sandalias de color rosa que estaban cuidadosamente colocadas al lado de la cama

—. ¿Es alto, moreno y guapo?
—Es altísimo, morenísimo y guapísimo.
Jane dejó de sonreír.
—Mira, M, algún día vas a tener que ver el mundo y a los hombres con otros ojos.
—No sé qué quieres decir.
—Sí lo sabes.
—Bueno, sí. Pero ese día no es hoy.
—Como tú quieras. Te llamaré cuando llegue —se despidió Jane, saliendo de la habitación con la maleta.

* * *

Cuando se quedó sola, Mariah fue a la cocina para hacerse el típico plato precocinado y decidir cómo seguir con el caso de custodia en el que estaba trabajando.
El ex de su clienta era muy listo y escondía bien sus ingresos. Iba a tener que investigar para encontrar algo que le sirviera.
Cuando el plato estuvo listo, salió al patio y se sentó frente a la mesa de madera. El patio estaba precioso a la luz de la luna. La luna, las estrellas, un par de nubes… y su plato precocinado.
«*Ah, ¿qué más se puede pedir?*».
—¿Puedo sentarme con usted?
Mariah se sobresaltó. Su nuevo vecino estaba en la puerta que conectaba ambos patios. Estaba increíblemente guapo a la luz de la luna, con su pelo oscuro, sus ojos oscuros y su traje oscuro. Se había afeitado y sus facciones parecían más duras, más masculinas.
Si eso era posible.
El corazón de Mariah empezó a latir como un loco, pero intentó mostrarse tranquila.
—Me queda un poco de pescado reseco y unos guisantes, si le apetecen.
Zayad Fandal sonrió.
—No tengo hambre, gracias.
—¿Estaba tomando el aire? ¿O buscando a alguien?
—Quizá ambas cosas.
—Jane no está en casa.

—No he dicho que estuviera buscando a Jane.

—No tiene que hacerlo —sonrió ella irónica.

—A lo mejor estaba buscándola a usted.

El corazón de Mariah empezó a dar saltos. «*Tonta, que eres tonta*».

—¿Y eso por qué?

—A lo mejor quiero saber algo más sobre la belicosa señorita que vive a mi lado.

¡Belicosa!

—Pues no hay mucho que contar —murmuró Mariah, jugando con los guisantes.

—Lo dudo.

«*Jo, qué ojos más bonitos tiene*». Tan negros, pero con puntitos dorados. Una mujer podría perderse en esos ojos si no tenía cuidado. Afortunadamente, ella tenía mucho cuidado.

—Mire, tengo muchísimo trabajo, así que…

—¿A qué se dedica?

—Soy abogada. Me dedico a hacer lo posible para que las mujeres que han sufrido a manos de maridos canallas consigan lo que se merecen.

—Ah, interesante. ¿Y qué se merecen?

—Eso depende. Pero sobre todo, respeto. Si han dejado su trabajo para cuidar de la casa, intento que encuentren estabilidad económica. Si sus maridos las han engañado y les han robado la autoestima, las ayudo a forjarse una nueva vida. Como el caso en el que estoy trabajando ahora mismo…

Mariah se calló de golpe. ¿Qué estaba haciendo? Aquel hombre no era su amigo, ni su confidente…

—¿Qué iba a decir, señorita Kennedy?

—¿Eh?

—No le gustan los hombres, ¿verdad?

—¿Perdone?

—Habla de ellos como si fueran el enemigo.

Mariah levantó la barbilla, orgullosa.

—En los tribunales lo son.

Y en la vida, pensó, no estaban lejos de serlo.

—Adiós, señor Fandal —se despidió, levantándose.

Un minuto después, entraba en el cuarto de baño. Lo que

necesitaba era un largo baño caliente para olvidar las preguntas de ese hombre. Y su mirada.

Odiar a los hombres… ¡Qué tontería!

Bueno, no confiaba en ellos, pensó, mientras llenaba la bañera. Pero no los odiaba.

Mariah se miró al espejo mientras se quitaba la ropa. Lo que tenía delante la sorprendió un poco. Bajo aquellos trajes de chaqueta había una bonita figura.

Sin pensar, acarició su estomago plano, los pechos grandes… Su piel era muy pálida y muy sensible, pensó, mientras rozaba sus pezones con el dedo. No la había tocado un hombre en cuatro años e incluso entonces la tocaban más bien poco ya que Alan estaba muy ocupado haciendo feliz a su amante.

Mariah se mordió los labios. La verdad era que no odiaba a los hombres en absoluto. De hecho, si encontraba al adecuado, estaba dispuesta a volverse loca. Pero el miedo era más fuerte que el deseo y estaba segura de que eso no iba a cambiar.

* * *

Zayad sacó del microondas la bolsa de palomitas y furioso, la tiró al otro lado de la cocina. Estaban negras como la noche y habían apestado el dúplex de dos dormitorios que sería su hogar durante aquellas dos semanas.

—Podríamos contratar personal de servicio, Alteza.

Fandal, su ayudante y lo más parecido a un amigo que tenía en el mundo, estaba en la puerta de la cocina.

—No, Fandal. Te he dicho que no podemos hacer ostentación. Y no me llames Alteza.

—Sí, Alte… Sí, señor.

Zayad abrió los armarios para buscar algo y al no encontrar nada, abrió la nevera.

—Había esperado poder ofrecerle una cena a mi hermana, pero no tenemos nada.

—Puede enviarle flores, señor.

—Voy a encontrarme con mi hermana, Fandal, no a cortejar a la encantadora señorita Kennedy.

—Por supuesto, señor.

Con una rápida reverencia, Fandal empezó a limpiar las palomitas tiradas por el suelo.

¿Cortejar a la señorita Kennedy? Su lengua estaba desatada. Quizá porque no podía quitársela de la cabeza. Era muy irritante. Parecía tan convencida mientras aniquilaba verbalmente al ex marido de su clienta…

—¿Puedo decir que la joven rubia no se parece nada a las mujeres de nuestro país? —dijo Fandal entonces, con cierto tono de advertencia.

—Ya lo sé.

Rubia, de piel blanca, parecía una leona. Pero algo le decía que una vez domada, cuando el deseo dirigiera su cuerpo y su mente, Mariah Kennedy no mostraría las uñas.

—No es que esté interesado, pero imagino que una aventura con ella no podría ser algo pasajero. Me temo que la mayoría de las mujeres norteamericanas desean algo más que un amante.

—¿No son todas así, señor?

—No las que yo conozco.

—Cierto. Hubo una…

Fandal no terminó la frase y Zayad se detuvo en seco, encolerizado al recordar a la mujer que lo había abandonado. A él y a su hijo, sin mirar atrás.

—Como tú sabes bien, Meyaan no quería un matrimonio de verdad. No quería compartir mi vida, ni la de su hijo. Quería beneficiarse de mi poder y del confort que ofrece vivir con un sultán. Y consiguió ambas cosas. Pero al final yo fui el vencedor. Me quedé con el regalo más precioso.

Fandal decidió cambiar de tema.

—¿Y cómo está Su Alteza?

—Redet está bien, contento en el colegio.

«*Creciendo demasiado para su edad*», pensó Zayad. Echaba tanto de menos a su hijo…

En ese momento, sonó un golpe. Zayad y Fandal se quedaron callados.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé —contestó el ayudante.

Entonces oyeron un grito de mujer.

—No te muevas. Iré yo —le ordenó Zayad.

—Alteza, podría ser peligroso…

—Es en el dúplex de al lado. Podría ser mi hermana.

—Iré con usted…

—No te muevas de aquí o irás nadando hasta Emand. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

—Y no le digas nada a los otros.

Zayad salió corriendo de la casa y en unos segundos, llegó a la de Jane y Mariah. Llamó al timbre, pero no hubo respuesta. Y la puerta estaba cerrada.

Angustiado por la suerte que pudiera haber corrido su hermana, dio unos pasos hacia atrás y se lanzó sobre la puerta con todas sus fuerzas, haciendo saltar el cerrojo.

Capítulo 3

… Sé que debería tener fotografías de él con esa otra mujer, pero no puedo encontrar nada, señorita Kennedy. Por favor, llámeme.

Mariah oyó el mensaje desde el suelo del cuarto de baño, haciendo una mueca de dolor.

Desnuda, furiosa y tumbada en una posición casi fetal, deseó haber instalado un teléfono al lado de la bañera. Acababa de comprobar que tal lujo era necesario porque había resbalado al salir de la bañera a toda prisa para contestar al teléfono. Y sospechaba que se había roto algún hueso.

Intentó darse la vuelta, pero el dolor era insoportable.

¿Qué iba a hacer? ¿Quedarse allí tumbada como un pez muerto? Quizá podría arrastrarse hasta el pasillo y…

En ese momento oyó algo. Un golpe. Como si hubieran tirado la puerta abajo. ¡Oh, no! Un robo y una chica incapacitada no eran precisamente la mejor combinación.

Intentó sentarse, pero le dolían muchísimo la muñeca y el tobillo, así que tardó un momento.

Oyó pasos en la escalera…

Entonces se le ocurrió que podría ser Jane. A lo mejor había olvidado algo.

—¡Jane! Me he caído y no me puedo levantar.

«*No puedo creer que esté diciendo esto*».

—No se alarme. He venido a ayudarla —oyó una voz masculina.

El miedo le hizo olvidar el dolor.

No era Jane.

¿Había cerrado la puerta del baño con cerrojo?

—Tengo un cuchillo y un bate de béisbol… —gritó, mirando alrededor para buscar algo que se pareciera, aunque remotamente, a un arma. La escobilla, una lima de uñas—… Y pienso usarlos.

—Estoy seguro de que podría usted hacerme mucho daño si se lo propusiera, pero he venido a ayudarla, señorita Kennedy.

¿El ladrón tenía un sensual acento extranjero?

¡El vecino de al lado!

«¡*Ay Dios mío*!».

—¡No entre!

—Señorita Kennedy la he oído gritar —dijo él, desde el otro lado de la puerta.

—¡Estoy bien! —gritó ella, histérica—. No me pasa nada. Es que he visto un ratón y…

—No la creo.

La puerta empezó a abrirse…

—Ay por favor, no puede entrar…

—Si necesita un médico…

—¡Salga de aquí! —Completamente desnuda y en una posición muy poco favorecedora, Mariah intentó envolverse en la alfombra de baño—. ¡Váyase!

—Se ha hecho daño…

—Y estoy desnuda. Váyase de aquí ahora mismo.

Zayad se inclinó para ayudarla.

—Nunca me aprovecharía de la situación.

—No lo creo.

Los ojos del hombre brillaban, burlones.

—Una chica muy lista —murmuró, tapándola con una toalla—. Pero le doy mi palabra de que no intentaré seducirla. Sólo quiero ayudarla.

—Yo no necesito que me ayude.

—No estoy de acuerdo.

—Mire, señor Fandal, ésta es mi casa y quiero que se vaya.

—¿Quién la ayudará si me voy?

—Llamaré a alguien o saldré de aquí yo solita.

—¿Arrastrándose por el suelo como un cachorro?

—¿Me está llamando perro?

Zayad dejó escapar un suspiro de impaciencia. Nunca había conocido a una mujer tan obstinada, dispuesta a sufrir por orgullo. No estaba acostumbrado a aceptar órdenes, pero con ella pensó que sería más productivo.

—Si insiste en su terquedad, estaré al otro lado de la puerta. Por si me necesita.

—No, gracias. Se lo agradezco, pero puede marcharse. Estoy bien.

Zayad se levantó, salió del baño y esperó en el pasillo.

—Pienso quedarme aquí hasta que se dé cuenta de que necesita mi ayuda.

—Pues vas a estar esperando toda la noche, chaval —la oyó decir en voz baja.

Un momento después la oyó gemir de dolor.

—¿Señorita Kennedy?

—Estoy bien. Estoy bien.

Un segundo después, otro gemido de dolor y luego un golpe.

—¿Sigue bien, señorita Kennedy?

—Sí.

Zayad sacudió la cabeza mientras entraba de nuevo en el cuarto de baño.

—No pienso dejar que vuelva a echarme. Me quedaré con usted hasta que alguien venga a ayudarla.

—No vendrá nadie.

—¿Su compañera de piso no ha llegado todavía?

—No.

—Pero volverá pronto, ¿verdad?

—No. Estará fuera de la ciudad hasta la semana que viene, enseñando a una estrella de cine a cocinar.

Zayad la miró, alarmado. No debía de haber oído correctamente. Jane fuera de la ciudad durante una semana… Imposible. Sólo tenía dos semanas para conocerla, para hacerle entender su pasado, su historia familiar. Para ver si estaba dispuesta a ir al país de su padre y aceptar las obligaciones de princesa.

¿Cómo podía haber pasado aquello? ¿Cómo nadie lo había avisado de que Jane estaría fuera de la ciudad?

¿Y qué iba a hacer, seguirla? ¿Alquilar otro piso en Los Ángeles y luego volver a Ventura tras ella?

Zayad miró a la mujer que necesitaba su ayuda y con cuidado, la tomó en brazos, alfombra y todo. Antes de nada, debía solucionar aquella situación.

—Esto es humillante —murmuró Mariah.

—¿Qué es humillante? ¿Caerse o estar desnuda?

—Estar desnuda, por supuesto.

Zayad sonrió.

—Señorita Kennedy no tiene nada de qué avergonzarse. Tiene usted un cuerpo precioso y su piel es tan suave como la seda. No crea, me costó trabajo apartar la mirada.

Ella lo miró, boquiabierta.

—Ah, menos mal —rió Zayad—. He encontrado una forma de hacerla callar.

Capítulo4

Aparte del dolor en el tobillo, Mariah seguía furiosa por el halago del vecino mientras bajaban la escalera. No debería estar furiosa. De hecho, debería haberle dicho que sus manidas frases sobre la «*piel de seda*» apestaban… y haberle dado un bofetón.

Pero no quería pensar que era mentira. La miraba con tal sinceridad que tuvo que hacer un esfuerzo para no darle un beso. Y no un beso normal, no, un beso con lengua.

Había pasado demasiado tiempo, pensó. Se sentía como una ciruela madura, desesperada porque la cortasen del árbol para no convertirse en una pasa.

Aquéllas eran aguas peligrosas…

—¿Adónde me lleva?

—A la cama.

—¡Señor Fandal!

—Creo que debería llamarme Zayad.

—Y yo creo que tras el episodio del trasero desnudo, es mejor poner ciertas barreras.

—¿Cree que lo mejor son las formalidades?

—Acaba de decir que piensa llevarme a la cama.

—Pero no para tumbarme con usted, sino para que descanse mientras llamo a un médico.

—Ah.

Tampoco ella estaba contemplando tal posibilidad, pero estaría bien que la deseara un poquito.

Zayad apartó las sábanas con una mano y la tumbó suavemente

en la cama.

—Vuelvo enseguida. Voy a llamar al médico.

—Mi médico no visita a domicilio.

—El mío sí.

—¿El suyo? —exclamó Mariah, preguntándose quién era su nuevo vecino. Con un médico que hacía visitas a domicilio… Ese acento, la ropa de marca, el aspecto sofisticado, las réplicas inteligentes…

Un dolor horrible en el tobillo le hizo cerrar los ojos. Cuando los abrió, Zayad Fandal estaba en la puerta.

—¿Señor Fandal?

—¿Sí?

—¿Cómo sabía que ésta era mi habitación?

—Una deducción lógica. No parece una persona a la que le gustan los riesgos, así que deduje que dormiría en el primer piso.

Triste, pero cierto.

—Además, he visto libros de leyes y un ordenador —siguió él, señalando los pósteres de Hockney—. Y esos cuadros. Tenía que ser su habitación.

Lo de los libros y el ordenador lo entendía, pero los pósteres… Alan, su ex marido, nunca le había preguntado por qué le gustaba tanto Hockney.

—¿Por qué tenía que ser mi habitación?

—Vive cerca de la playa y Hockney siempre pinta escenas de playa. Además, es usted una mujer llena de color, Mariah Kennedy. Y tiene sentido del humor.

Ella se quedó atónita. ¿Sólo se habían visto cinco minutos y ya había averiguado todo eso? Sí, aquel tipo era peligroso.

—Una deducción muy rápida, ¿no?

—Soy una persona intuitiva e inteligente.

—Y un poquito arrogante, ¿no? —dijo Mariah, sonriendo.

—Oh, no, un poquito no. Soy muy arrogante.

Y después de decir eso, salió de la habitación.

* * *

Una hora después, tras un reconocimiento completo, el médico,

tan joven que Mariah se preguntó si tendría que afeitarse, le dijo y con el mismo acento que su vecino, que tenía un ligero esguince de muñeca.

—¿Y el tobillo?

—Me temo que es un esguince más serio. Voy a darle un analgésico para que pueda dormir esta noche, pero no podrá apoyar el pie durante unos días.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo quedarme en la cama. Tengo muchísimo trabajo.

—Pues tendrá que trabajar desde la cama, jovencita.

Mariah tuvo que morderse la lengua para no soltar una carcajada. El médico, que no debía de tener más de doce años, la había llamado «*jovencita*».

—Soy abogada y estoy trabajando en un caso que me lleva mucho tiempo. Si no puedo levantarme, no podré presentarme en el juicio dentro de tres semanas y mi cliente no conseguirá la custodia de sus hijos.

—Lo entiendo, señorita Kennedy. Pero si quiere que se le cure el tobillo, tendrá que permanecer en la cama. Y necesitará alguien que la ayude.

—Su compañera de piso… —empezó a decir Zayad.

—No vuelve hasta dentro de una semana.

Él hizo una mueca.

—¿Tiene alguna otra amiga?

—Pues… no.

Jane era su mejor amiga. No había querido formar lazos con nadie después de lo de Alan. Por supuesto, tenía compañeras de trabajo, pero no eran amigas íntimas y no podía pedirles que fueran a ayudarla.

—¿Parientes?

Mariah negó con la cabeza.

—¿Algún novio? —sugirió el médico.

—No, no tengo novio.

Zayad sintió alivio, aunque no quería saber por qué. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Pero la pobre Mariah parecía tan vulnerable tumbada en la cama, aún envuelta en la toalla…

Zayad tuvo que recordarse a sí mismo que no debía pensar en

eso.

Debería ir a Los Ángeles a buscar a Jane Hefner. Debería decirle la verdad lo antes posible. Pero lo había pensado mientras esperaba al médico y decidió que sería absurdo. Mariah había dicho que estaba trabajando con una estrella de cine… Parecería un acosador si iba a verla a Los Ángeles y no conseguía respuestas.

Mariah levantó la mirada en ese momento.

Esas respuestas podría dárselas ella mientras la ayudaba a recuperarse.

Zayad sonrió. Esa idea sonaba bien.

Necesitaba descubrir la verdad sobre su hermana. Y estar con Mariah era un proyecto interesante, aunque arriesgado.

Entonces se volvió hacia el doctor Adair, el hijo de su médico en Emand.

—Yo cuidaré de ella.

Adair abrió mucho los ojos.

—Usted… señor, no creo…

—Ésa es mi decisión.

—¿Perdón? —intervino Mariah.

—Yo vivo aquí al lado. Le haré la comida, la bañaré…

—¿Usted cree que es sensato, señor?

—Sí —contestó Zayad.

—¡Perdón! —insistió Mariah, furiosa—. A mí no me baña nadie.

—Sólo he sugerido que estaré pendiente por si…

—No necesito a nadie.

—Me temo que sí lo necesita, señorita Kennedy —intervino el médico, mientras le colocaba una venda en el tobillo—. Tiene que permanecer en cama durante al menos dos días. Si el señor… Fandal no la ayuda, ¿quién lo hará?

Ella abrió la boca, pero la cerró enseguida. Buena pregunta. Jane se había ido y no podía pedirle que volviera.

Y le dolía el tobillo.

No había nadie que pudiera ayudarla. Excepto… cuando miró aquellos ojos negros, sintió un cosquilleo en el vientre.

—¿Y por qué quiere ayudarme? Apenas me conoce.

Zayad se sentó a su lado en la cama y el doctor Adair salió discretamente de la habitación.

—¿Nunca ha sentido el deseo de ayudar a un extraño?

Todos los días desde que salió del coma que le produjo saber, que Alan no sólo se acostaba con su instructora del gimnasio, sino que pensaba casarse con ella. A partir de aquel día, se sintió obligada a ayudar a mujeres que estaban en su misma situación: solas, sin dinero, deprimidas, desoladas.

Mariah volvió a la universidad, terminó la carrera y abrió su bufete unos meses más tarde.

—Después de nuestra conversación de anoche, debería saber que me gusta ponerme del lado del perdedor. Es una de mis pasiones.

Había esperado que esa pasión la ayudase a olvidar. Y así había sido. Lo triste era que consiguió olvidar, pero no estaba curada del todo.

—Voy a acompañar al doctor Adair a la puerta. ¡Ah, por cierto! Mañana tendré que arreglar el cerrojo —dijo Zayad entonces, levantándose.

—Mire, siento parecer una desagradecida, pero…

—¿Pero?

—No confío en usted.

—Entiendo.

Mariah se apoyó en un codo.

—¿Me entiende?

—Desconfiar está en su naturaleza.

—En mi pasado, más bien.

Zayad asintió.

—Está claro que busca algo —siguió Mariah— y no sé si es Jane o yo… o esto es una forma de pagar por algún horrible pecado que ha cometido, pero quiero que sepa una cosa: voy a estar vigilándole.

—No esperaría menos de usted, señorita Kennedy.

—Me alegro.

—Por cierto, el único pecado que cometo a menudo es desear lo que no puedo tener —sonrió Zayad, mirando la toalla que Mariah sujetaba sobre sus pechos—. Pero nunca me arrepentiré.

Ella tragó saliva. Se le acababa de olvidar el dolor del tobillo.

Durante los últimos cuatro años a menudo se había preguntado si estaría muerta de cintura para abajo. Pero ahora sabía la verdad: estaba viva y bien viva. Y quería sentir a un hombre otra vez.

Pero no a cualquier hombre.

Mariah cerró los ojos y respiró profundamente.
A ese hombre.
Y eso le dio un susto de muerte.

Capítulo 5

—¿Que has hecho qué?

En la cocina, con un bote de sopa en una mano y el teléfono móvil en la otra, Zayad intentaba explicarle a su hermano la extraña situación en la que estaba metido.

—Que he aceptado cuidar de la compañera de piso de nuestra hermana durante unos días.

—Esto es increíble —suspiró Sakir—. Tú no sabes cuidar de nadie. No sabes cocinar, ni limpiar, ni mantener conversaciones mundanas. Ella empezará a sospechar…

—Quizá, pero no puedo hacer nada. No tiene a nadie. No tiene familia, ni amigos, excepto a jane… no tiene novio.

—¿No tiene novio? —repitió Sakir—. Lo dices como si eso te gustara.

—No, me da igual.

—No te creo. Estás pensando seducirla, lo sé. ¿Tan guapa es?

Zayad tragó saliva. Y esa situación le pareció de lo más desconcertante.

—Es rubia, bajita, con muchas curvas. Tiene los ojos del color de la arena de Emand y los labios del color del vino. Es más que guapa, hermano. Pero…

—¿Pero? No hay razón para que no…

—Ella es americana y yo soy un sultán. Ésa es razón suficiente, pero te daré más: está furiosa con alguien de su pasado y no me apetece pagar los platos rotos —suspiró Zayad—. Por mucho que la desee, sólo quiero sacarle información…

—¿Mientras vives en su casa? —lo interrumpió Sakir.

—Es la única forma de asegurar que mi misión tendrá éxito —replicó él, sacando el abridor del cajón—. Necesito información sobre Jane Hefner. Tengo dos semanas para averiguar todo lo que pueda sobre ella; después debo volver a Emand.

—La misión, sí. Eso es lo más importante —asintió su hermano—. Pero no vuelvas a Emand sin pasar por Texas.

—Por supuesto. Pero sólo iré para ver a tu guapísima esposa.

—Rita tiene muchas ganas de verte, aunque está un poco cansada.

—¿El embarazo le está dando problemas?

—Unos cuantos, pero todo va bien.

Sakir rió, contento. Y ese sonido hizo que a Zayad se le encogiera el corazón. Echaba mucho de menos a su hermano. Su amistad, sus peleas verbales y con la espada. Y ahora, su hermana, el hijo de Sakir… Zayad deseaba reunir a todo el clan. Si eso era posible.

—¿Quieres que vaya a California?

—No deberías dejar sola a tu mujer en este momento. Además, dos jeques llamarían mucho la atención en un sitio tan pequeño.

—Desde luego —rió Sakir.

Zayad lanzó una maldición cuando parte del caldo de pollo cayó sobre la encimera.

—¿Qué pasa?

—Estoy intentando abrir una lata de algo que se llama «*Sopa de pollo con estrellitas*».

—¿Vas a cocinar de verdad?

—Sí —contestó él.

—¿Por qué no se lo encargas a uno de los criados?

—No, debo actuar como un hombre normal.

—Un hombre normal habría pedido una *pizza* por teléfono.

—Bueno, tengo que colgar. Voy a ver qué puedo hacer con este caldo.

Sin prestar atención a la risotada de su hermano, Zayad colgó el teléfono. Había luchado contra leones, contra seis guerreros… estaba seguro de que podía calentar un bote de sopa. Sólo tenía que concentrarse.

* * *

Diez minutos después, entraba en el dormitorio de Mariah con una bandeja en la mano. En ella, un plato de sopa, un vaso de agua y una copa de vino para él.

—¿Qué es eso?

—Caldo de pollo. El doctor Adair me ha dicho que no debe tomar la pastilla con el estómago vacío.

—Pero si ya he cenado…

—Señorita Kennedy me ha costado mucho calentar esta sopa. Tómesela —replicó Zayad.

Mariah hizo una mueca. Estaba sentada en la cama, con las sabanas por la cintura. Parecía muy joven, su rostro libre de maquillaje, el pelo suelto. Se había puesto una bata que él había sacado del armario y…

Entonces se dio cuenta de que la bata era muy fina. Podía ver la silueta de sus pechos bajo la tela…

Una garra invisible pareció apretarle el estómago. Mariah Kennedy no estaba intentando seducirlo, pero él la encontraba increíblemente *sexy*.

Zayad dejó la bandeja sobre la cama, haciendo un esfuerzo para no mirar.

Pero perdió la batalla.

La bata se abría ligeramente en el escote y no pudo evitar ver el nacimiento de sus pechos, la silueta de un pezón bajo la tela…

De repente, la tensión en su entrepierna era insoportable y se apartó, para sentarse en una silla. Lo sorprendía su falta de control. Lo sorprendía y lo molestaba.

—Gracias —dijo Mariah—. Puede que no lo crea, pero le agradezco mucho su ayuda.

Zayad se cruzó de brazos.

—Espere a probarla antes de darme las gracias. Me temo que no soy precisamente un experto.

—Yo tampoco sé cocinar. Apenas puedo calentar una salchicha sin incidentes —suspiró Mariah—. La cocina es el departamento de Jane. Es un genio.

—¿Se dedica a eso? —preguntó Zayad. Como si no lo supiera.

—Trabaja como jefe de cocina en un restaurante italiano. Ya debería tener su propio restaurante, pero ya sabe, el dinero siempre es un problema.

Él no lo sabía, pero asintió de todas formas.

—¿A qué se dedica? —preguntó Mariah entonces.

—Al arte. Coleccionar, preservar y luego vender.

—¿Ah, sí? Eso explica que conociera a Hockney. ¿Se dedica a la pintura o a la escultura?

—No, a las espadas.

—¿Cómo?

—Espadas antiguas —dijo Zayad.

—¿Espadas como en las películas de época… Braveheart, por ejemplo?

—En mi país, las espadas son veneradas. Es como la esgrima en Occidente.

Mariah tomó la cuchara, un poco incomoda.

—¿De dónde es usted?

—De un país que seguramente no conoce.

—A ver, ¿cuál?

—Se llama Emand.

—No, no lo conozco —sonrió ella.

Era una sonrisa sincera, un poco burlona. Era la primera vez que la veía sonreír sin una máscara de ironía. Con la máscara era preciosa, pero sin ella era irresistible.

¿Le daría una bofetada si intentara besarla?

Seguramente sí.

—¿Cómo es su país?

Zayad dejó escapar un suspiro.

—Mágico, precioso. Pero un poco salvaje.

—¿Ah, sí? ¿El desierto o la gente? Los hombres no arrastran a las mujeres por el pelo, ¿no?

—No, el sultán abolió esas costumbres hace mucho tiempo. La verdad es que, aunque algunas mujeres eligen vivir a la manera tradicional, la mayoría de las jóvenes de mi país son educadas, feministas… y no tienen ningún problema para decirle a un hombre lo que piensan.

—Me cae bien ese sultán suyo.

«*Y a él le gustas tú*».

—¿Y usted? Sé que es abogada. Lo que no sé es por qué siempre parece tan nerviosa, tan tensa…

—¿Tan estresada?

—Sí, supongo que ésa es la palabra.

Mariah dejó escapar un suspiro.

—Estoy llevando un caso complicado. He intentado llegar a un acuerdo, resolver el asunto sin tener que ir ajuicio, pero el ex marido se niega. Ahora estoy intentando encontrar información que ayude a mi clienta —explicó, señalando su tobillo—. Y mire lo que tengo que soportar.

—¿Qué caso es?

—Un caso de custodia.

—Sea más específica, señorita Kennedy —sonrió Zayad.

—¿De verdad le interesa?

—Si no fuera así, no preguntaría.

—La mujer a la que estoy defendiendo fue buena esposa y madre durante catorce años mientras su marido se dedicaba a tener aventuras con unas y otras.

—Y se divorciaron, naturalmente.

—Afortunadamente, querrá decir. Hasta ahora todo iba bien, pero hace un mes mi clienta conoció a un hombre y empezó a salir con él. Cuando el ex marido lo supo se volvió loco… aunque él tiene novia. Y ha pedido la custodia de los hijos, de los que antes no se preocupaba. Mi clienta nunca le pidió una compensación económica, sólo la pensión alimenticia, pero él se siente herido en su orgullo y quiere hacerle la vida imposible. Sus aventuras amorosas nunca se hicieron públicas porque fue un divorcio amistoso y ahora esgrime que fue un marido devoto y un padre modelo y que ella era la mala. Según él, sus hijos no deberían vivir con una mujer así.

Zayad apretó los labios. Odiaba a ese tipo de hombre, tan cobarde.

—Quiere usar a sus hijos para vengarse.

—Desde luego. Él tipo es rico y poderoso y no hay manera de conseguir pruebas contra él. Sus amantes no hablan. Sus amigos y socios tampoco hablan. Las facturas de hotel que había encontrado mi clienta, de repente han desaparecido…

—Se puede pedir un duplicado, ¿no?

—Lo hemos intentado, pero no hay manera —suspiró Mariah—. Y no quiero perder este caso.

—No lo perderá.

—Tengo un esguince en el tobillo. No puedo moverme de aquí.

—Encontraremos alguna prueba contra ese hombre.

—¿Encontraremos? —repitió ella, atónita.

—Este caso me recuerda mi propio problema. Yo también tuve que ir ajuicio para exigir la custodia de mi hijo… Mi ex esposa sólo quería usarlo contra mí.

—¿De qué está hablando? ¿Un hijo?

—Sí, tengo un hijo.

—¿Ah, sí?

—¿No me imagina como padre?

—Sí, no… no sé. Lo que quiero decir es que es usted tan…

—¿Tan qué?

—No sé —murmuró Mariah. Tan guapo, tan encantador, tan sofisticado.

Eran hombres así contra los que litigaba a diario. La clase de hombre que quiere librarse de su mujer, de sus hijos y empezar una nueva vida. ¿Zayad Fandal tenía un hijo? ¿Quién lo hubiera dicho?

—La verdad, me sorprende.

Él se inclinó hacia delante para apartar un mechón de pelo de su cara.

—Lo estaba metiendo en la sopa.

Pero no se apartó. Se quedó muy cerca, sus labios a unos centímetros de los suyos.

—La sopa está malísima, por cierto —murmuró Mariah, sin apartar la mirada.

—Ya se lo advertí.

Mariah no podía creerlo. Estaba lista para besarlo, para echarle los brazos al cuello. A un hombre al que apenas conocía, un hombre que representaba todo lo que la asustaba.

—Será mejor que duerma un poco. Se está empezando a pasar el efecto del analgésico —musitó, nerviosa.

Por un momento, Zayad permaneció donde estaba, deliciosamente cerca. Luego se apartó y Mariah vio que una vena latía en su cuello.

—Si necesita algo, estaré en el salón.

—¿En mi salón?

—En el sofá.

En el sofá. Iba a dormir en el sofá, a unos metros del dormitorio. En calzoncillos o lo que se pusiera para dormir.

—Por si necesita ayuda.

—Sí, claro.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Y gracias otra vez.

Cuando Zayad salió de la habitación, Mariah apoyó la cabeza en la almohada, suspirando. Tener su cara tan cerca había sido maravilloso. Y seguramente un beso lo sería mucho más.

Empezaba a sentir algo que no había sentido en mucho tiempo. Algo que la hacía vulnerable.

Puro, descarado deseo.

* * *

-Bueno ya estoy aquí —le dijo Jane por teléfono diez minutos después—. La casa es enorme y la actriz, anoréxica, pero tiene muchas ganas de aprender a cocinar… Oye, ¿qué pasa?

—¿Por qué crees que pasa algo? —preguntó Mariah, tomando la copa de vino que Zayad había dejado sin tocar.

—No me has interrumpido cuando he dicho lo de anoréxica. Algo te pasa.

—Bueno, la verdad es que sí…

—¿Qué? Cuéntamelo ahora mismo.

—Cuando te fuiste, me metí en la bañera. Entonces sonó el teléfono, salí a toda prisa para contestar…

—No me digas que te has caído.

—Sí, te digo.

—¡Ay Dios mío! ¿Te has hecho daño?

Mariah pensó decirle la verdad, pero no quería que volviera corriendo a casa.

—Sólo un esguince en el tobillo… si no cuentas los quince minutos de humillación que tuve que soportar.

—¿Por qué? Te caíste…

—Me caí desnuda. Y estaba desnuda sobre la alfombra del baño

cuando el guapísimo vecino de al lado me oyó gritar y decidió venir a rescatarme como un superhéroe.

—¿Qué? ¿Y qué pasó entonces?

—Me rescató, me metió en la cama…

—¿Desnuda?

—Bueno, me tapé con la alfombra y con una toalla. Luego llamó a un médico y procedió a decirme que pensaba quedarse aquí toda la noche —contestó Mariah, tomando un sorbo de vino.

—Llegaré en menos de dos horas —dijo Jane.

—De eso nada. Necesitas el dinero para tu restaurante.

—Olvídalo. Hay un extraño en casa…

—No pasa nada, de verdad. Es un hombre…

—¿Qué?

—Es una buena persona. Si te olvidas de que es guapísimo, arrogante y contestón. Y que tiene una boca irresistible.

—¿Ah, sí? Pues me alegro por ti —rió Jane—. Ya era hora.

—No, no, no. No es eso. En realidad, le gustas tú. Siempre sales en la conversación.

—No entiendo por qué. No lo conozco de nada. ¿De verdad no quieres que vuelva a casa?

—No. Quédate con la anoréxica y gana mucho dinero. Estoy bien, de verdad —suspiró Mariah, tomando otro sorbo de vino.

—¿Seguro?

—Seguro. Buenas noches, Jane.

—Buenas noches.

Mariah colgó el teléfono y olvidando que había bebido alcohol, tomó otra pastilla. No podía dejar de pensar en su nuevo compañero de piso, tan *sexy* durmiendo en el sofá.

Suspiro.

Quizá debería haberle pedido a Jane que volviese… para que la protegiera de sí misma. Pero llevaba años haciendo eso. ¿No era hora de que se protegiera sola?

Mariah apagó la lámpara y se dejó caer sobre la almohada, esperando que el sueño la relajara un poco.

* * *

Zayad la oyó levantarse y miró su reloj.

La una y veinte de la mañana.

No podía dormir. Mientras intentaba encontrar una postura cómoda en el incómodo sofá, no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Aunque no sobre el tema que le interesaba. No, estaba pensando en la suave piel de su paciente, en el aroma de su pelo, en el deseo que había visto en sus ojos. Le temblaban las rodillas al recordarlo y sería capaz de enfrentarse con una anaconda sólo para volver a ver ese brillo en sus ojos.

¿Cómo iba a recordar su misión si la mujer que tenía la llave de esa misión también tenía la llave de un nuevo e inesperado placer?

Tras él oyó pasos y se incorporó de un salto.

—¿Señorita Kennedy?

—¡Qué susto me ha dado! —exclamó ella, llevándose una mano al corazón.

—Perdone.

Mariah se agarró a la cortina para mantener el equilibrio. Allí, de pie, iluminada por la farola de la calle, parecía un precioso y pálido fantasma… y Zayad tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla entre sus brazos.

—¿Qué hace levantada?

—Nada.

—Entonces, deje que la ayude… ¿Se encuentra bien?

—No sé… Estoy un poco mareada.

—¿Ha tomado más pastillas?

Mariah negó con la cabeza.

—No, pero tomé un poco de vino…

—Mal asunto mezclar alcohol con pastillas.

Ella lo miró entonces, muy seria.

—Normalmente no diría esto, pero le encuentro muy atractivo.

Zayad sonrió.

—Gracias, señorita Kennedy. Yo también la encuentro muy atractiva.

—Nada de señorita Kennedy. Por favor, no soy una maestra. Pero creo que me he convertido en una monja. A lo mejor deberías llamarme Sor Mariah.

—No lo creo.

—¿No? ¿Qué me llamarías?

Zayad levantó una mano para acariciar su cara.

—No lo sé, pero eres una persona viva, deseable y con un hambre que debe ser saciada…

—O me secaré.

—Es posible.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Lo sé, lo sé. Llevo demasiado tiempo sola.

—Tienes que dormir, Mariah. Deja que te lleve a la cama.

—No… Creo que voy a besarte.

Zayad no dijo nada. Tenía que apartarse, tenía que… pero no tuvo elección porque Mariah se dejó caer en sus brazos y buscó sus labios. El beso era lento, sensual, erótico. Sin poder contenerse, mordió su labio inferior, apretando la entrepierna contra su estómago…

Con gran esfuerzo, Mariah se apartó un momento.

—Hace años que no hago esto.

Zayad se quedó inmóvil. ¿Años? No era posible que una mujer tan guapa hubiera estado años sin besar a un hombre.

—Vamos a la cama. Mañana te levantarás tarde.

—No —murmuró ella—. Mañana tengo que visitar a Mama Tara.

—¿Tu madre? Pensé que no tenías parientes…

—No es mi madre en realidad.

Zayad pensó que era mejor no preguntar. Estaba agotada y la combinación de alcohol y analgésicos era un desastre.

Después de dejarla sobre la cama, la arropó hasta la barbilla. Pero Mariah lo miró con una sonrisa melancólica.

—Mis padres murieron cuando yo tenía doce años y viví con mi abuela hasta los dieciocho. Cuando murió, la madre de mi mejor amiga, Tara, me acogió en su casa. Me trató como si fuera su hija.

—¿La madre de Jane?

—Sí.

Zayad apretó los labios. ¿Estarían hablando de la misma Tara?

—¿Dónde está esa mujer ahora?

Mariah cerró los ojos.

—Vive en Ojai, en una residencia.

—¿Está enferma?

—No, es ciega.

Zayad tragó saliva. Era la misma Tara.

Antes de ver las fotografías que consiguieron sus investigadores había imaginado a la amante de su padre de otra manera. Pensó que era como la madre de su hijo. Pero en esas fotografías… no parecía una mujer fría, calculadora. Aunque tendría que verla por sí mismo.

—Visitarás a Tara mañana.

—¿Cómo? El médico ha dicho…

—Yo te llevaré. Además, el doctor Adair ha dejado aquí unas muletas.

—Pero dijo que debía quedarme en cama dos días.

—No debes apoyar el pie y no lo harás.

Mariah lo miró, pensativa.

—Me ayudas, me cuidas, me llevas a ver a Tara… ¿Qué quieres de mí?

Zayad no contestó a esa pregunta.

—Descansa. Nos iremos a las nueve.

Capítulo 6

Le dolía el orgullo tanto como el tobillo.

Mariah iba sentada al lado de Zayad mientras tomaban la autopista 101. Su asiento estaba un poco reclinado y tenía la pierna apoyada sobre un montón de almohadones. Zayad quería que estuviera cómoda, pero era una causa perdida. Lo que ella quería era que se la tragaran los asientos. Recordaba todo lo que había pasado por la noche, sobre todo el beso…

Zayad la había besado con el doble de intensidad que cualquier otro hombre, pero fue ella la instigadora. Por culpa del vino y la pastilla. Pero no volvería a actuar como una adolescente. ¿Qué pensaría de ella? No había dicho nada sobre el beso y no podía leer su expresión. Quizá estaba acostumbrado a que las mujeres se le echaran encima.

O quizá no había querido besarla. A lo mejor sólo lo había hecho por compasión, por la pobrecita chica drogada.

¿Podía ser más patética?

Pero mientras lo besaba, había tocado esos brazos tan fuertes, tan musculosos. Una pena que los llevara tapados en aquel momento, pensó. Aunque la ropa también le sentaba de maravilla. Los pantalones, la camisa blanca…

Mariah arrugó el ceño.

—Bonito coche.

—Gracias.

—Debes de vender muchas espadas.

—Son muy populares, sí.

—Ya me imagino.

—A mucha gente le gustan.

—¿Y por qué has venido a Ventura? ¿No sería mejor venderlas en Los Ángeles?

—¿Mejor para quién?

—Bueno, me refiero a que tendrías más clientela en una ciudad tan grande. Además, hay muchas estrellas de cine, muchos excéntricos que estarían interesados en añadir una espada a su colección de arte.

—¿Crees que lo más importante es el dinero?

Esa pregunta la hizo reír. Era la primera vez en la vida que la acusaban de algo así.

—No, claro que no. Mira a qué me dedico.

—A lo mejor lo haces por razones que no son del todo altruistas.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. No conozco tu pasado, pero tal y como hablas de los hombres…

—Es algo personal —lo interrumpió ella. Zayad no dijo nada y Mariah se mordió los labios—. Perdona, no quería ponerme antipática. Pero creo que las razones para hacer lo que hago son completamente altruistas.

«*Al menos, eso espero*».

—Bueno, sigamos con lo nuestro. ¿Por qué Ventura y no Los Ángeles?

—¿Sería muy poético decir que el mar es un tónico para mis agotados sentidos?

—¿Y que la purpurina y el *glamour* de Hollywood te aburrirían?

—Exactamente —rió él—. Creo que me entiendes, señorita Kennedy.

—Por favor, deja ya el señorita Kennedy. Soy Mariah y tú eres…

—Sí, ¿quién soy yo?

«*Eres demasiado guapo, demasiado generoso, demasiado interesante y demasiado irresistible*».

—Creo que no contestaré hasta que te conozca mejor.

—¿Y piensas conocerme mejor? —preguntó él, volviendo la cabeza para mirarla.

El corazón de Mariah latía al galope, pero intentó disimular.

—Como parece que estamos condenados a estar juntos, no veo

qué otra cosa puedo hacer.

Él sonrió.

—Condenados a estar juntos, eso me gusta.

Y a ella también.

Mariah volvió la cabeza para mirar el mar. Ya casi no sentía el dolor en el tobillo. El dolor en el corazón y en otra parte de su cuerpo mucho más íntima lo habían reemplazado.

Ojai…

Zayad siguió conduciendo por la autopista, sin seguridad, como había pedido.

No podía evitar sentirse atraído por aquel sitio. Había zonas parecidas a Emand, particularmente a los jardines del sultán. Árboles frutales, jardines perfectos y un cielo tan azul, que por un momento se preguntó si estaba en casa.

Entonces sonrió. Sólo faltaba la arena dorada.

No miró a la derecha, pero sabía que allí estaba la arena. Los ojos de Mariah. Unos ojos que lo habían perseguido toda la noche…

—Me encanta venir aquí —dijo ella entonces—. Es muy diferente de las zonas de playa.

—Las colinas son preciosas.

—Es un sitio muy tranquilo. Me encantaría abrir mi bufete aquí algún día. Y comprarme un caballo.

—¿Te gusta montar a caballo?

—Sí, mucho. No se me da muy bien, pero me gusta.

Zayad sonrió. Sí, le encantaría su país.

—Y por supuesto, me encantaría estar cerca de Tara.

¡Ah, sí!, pensó él. La razón por la que habían ido allí aquel día: Tara Hefner.

—¿Y Jane? ¿Ella no quiere vivir cerca de su madre?

Mariah arrugó el ceño.

—Sí, claro que sí. Intentó encontrar trabajo aquí, pero había mucha competencia. Lo que quiere es abrir un restaurante y está ahorrando para conseguirlo.

No, si Zayad podía evitarlo. Jane era una princesa de Emand. No tenía que trabajar si no era su deseo. Si quisiera hacerlo, las puertas no estarían cerradas para ella y el dinero no sería problema. Pero en Emand, no en Ojai.

—Si Jane viniera a vivir aquí, ¿qué harías tú?

—¿Qué?

—Es tu mejor amiga, ¿no?

—Sí.

—Y no sales con nadie, ¿no?

—Ya hemos hablado de esto, me parece —replicó Mariah, un poco irritada—. No tengo novio porque no me apetece.

—Sí, claro. Pero lo que yo pregunto es: si Jane se va, ¿qué harás tú?

Mariah se encogió de hombros.

—Me quedaré en Ventura, supongo.

—¿Y te apetece estar sola?

—No te veo con una esposa y una caterva de hijos, así que supongo que a ti también te gusta estar solo.

—Sí, pero un hombre…

—¿Qué? No empecemos con ésas. No digas que un hombre puede estar solo mientras que una mujer necesita una pareja para ser feliz.

Zayad se encogió de hombros.

—Muy bien, no lo diré.

Mariah sonrió.

—No creo que yo vaya a encontrar la felicidad con un hombre. Ya no creo en el final feliz y tampoco en las almas gemelas.

—Ni yo. Siempre he sido más feliz cuando estaba solo.

—Ya.

¿Por qué esa admisión la entristecía?, se preguntó Mariah.

—Pero nunca he conocido a una mujer que pensara lo mismo —siguió Zayad.

—Y te sorprende, ¿no?

—Mucho. Eres una mujer sorprendente —sonrió él, quemándola con el brillo de sus ojos.

Mariah volvió la cabeza para mirar por la ventanilla. Sólo estaban a una manzana de la residencia. Afortunadamente. Porque si el viaje duraba un poco más no sólo iba a besarlo, sino que lo convencería para que pasaran al asiento de atrás.

—Gira en el siguiente semáforo.

* * *

El apartamento estaba pintado de colores brillantes y a Zayad le pareció curioso que una mujer ciega viviera en un ambiente tan lleno de color. Los muebles eran modernos, pintados de rojo y azul, muy cómodos, muy hogareños.

Entonces se fijó en un torno de alfarero que había en una esquina, frente a la puerta de la terraza.

—¿Quién es el artista?

—Tara.

—¿No comparte la habitación con nadie?

—No.

—¿Y cómo puede…?

—Es una mujer asombrosa —sonrió Mariah—. Ya verás cuando la conozcas. Nada la detiene… sobre todo, cuando quiere algo de verdad.

—¡Tengo visita! —Oyeron una voz alegre en el pasillo.

Enseguida entró una mujer alta y delgada de pelo rubio. Debía de tener unos cincuenta años, pero aparentaba menos. Llevaba un vestido de color naranja y pendientes a juego. Era muy guapa, pero no sólo porque sus facciones fueran hermosas. Era una mujer llena de vida.

Zayad entendió de inmediato por qué su padre se había sentido atraído por ella.

—¿Dónde está mi Mariah? ¿Por qué no viene corriendo a darme un abrazo?

—Iría corriendo, Tara, pero me caí ayer y tengo un esguince en el tobillo.

Siguiendo el sonido de su voz, Tara se acercó al sofá para darle un abrazo.

—Pero has venido, cariño. Eso es lo único que importa. ¿Qué te ha pasado?

—Sólo un esguince, no te preocupes.

—Tengo derecho a preocuparme por ti.

—Lo sé —rió Mariah.

—No habrás venido conduciendo, ¿verdad?

—No.

—¿Quién te ha traído? —preguntó Tara entonces, volviendo la cabeza hacia Zayad, como si pudiera verlo.

Él dio un paso atrás, incómodo.

—¿Cómo sabes…? —rió Mariah—. ¡Ah, bueno, claro!

Zayad no había hecho ruido alguno, ningún movimiento, ninguna indicación de que estaba allí. ¿Cómo lo había sabido? Tenía que desentrañar el misterio.

—Sé que no has venido sola.

—Es nuestro nuevo vecino —explicó Mariah—. Y amigo. Se ha ofrecido a traerme, aunque estoy siendo una carga para él.

—Ah, cariño, tú no puedes ser una carga para nadie —dijo Tara entonces, ofreciéndole su mano—. ¿No le parece, señor…?

—Me llamo Zayad.

La expresión de Tara cambió por completo. La alegría desapareció de sus facciones y él se preguntó qué sabría de su padre. ¿Sabría algo de su familia, el nombre de sus hijos?

Aparentemente, sí.

—¿Queréis comer algo? —preguntó Tara entonces, volviéndose hacia Mariah.

—Sí, tengo hambre —contestó ella.

—Voy a pedir la comida, luego podremos hablar. Quiero que me cuentes todo lo que haces y por supuesto, saber qué hace vuestro nuevo vecino tan lejos de casa.

—¿Puedo ayudarla, señora Hefner?

—No, gracias.

Cuando se quedaron solos de nuevo, Mariah se volvió hacia Zayad.

—Le gusta hacer las cosas sola. Ah y no es «*Señora Hefner*» porque no se casó nunca. En realidad, creo que estaba loca por el padre de Jane y no pudo amar a otro hombre cuando él la dejó.

Zayad apartó la mirada.

—Ya.

—¿Qué te pasa?

—Estaba pensando en ese hombre…

—Que imbécil, ¿verdad?

Zayad apretó los labios.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

—Porque me lo contó Jane.

Era terrible. Aunque la madre de su hijo había sido una mujer fría, interesada sólo en el dinero y la posición, Zayad nunca se lo contó a Redet. Nunca le hablaría mal de su madre.

—No querer conocer a tu propio hijo… —Siguió Mariah—. Es horrible.

—A lo mejor no conocía la existencia de ese hijo.

—¿Por qué dices eso?

Zayad no podía contestar a esa pregunta.

Afortunadamente, Tara volvió en ese momento con una bandeja en las manos.

—Pollo al limón y ensalada de patata —anunció.

Comieron en la terraza, frente al jardín. Tara quería saberlo todo sobre el caso de custodia que Mariah estaba llevando en aquel momento… Pero cuando Mariah dijo que Zayad iba a ayudarla, dejó el tenedor en su plato y se volvió hacia él.

—¿De dónde eres?

Lo sabía perfectamente, podía verlo en su cara, pero Zayad contestó de todas forma:

—De un país llamado Emand.

Entonces vio que los ojos de la mujer se llenaban de tristeza.

—¿Es un sitio precioso? ¿Con olivos e higueras? ¿Huele a incienso, a arena? ¿Son bonitas las puestas de sol?

—Así es.

Su padre debía de habérselo contado.

—Hablas como si hubieras estado allí —rió Mariah, tomando las muletas.

—¿Adónde vas? —preguntó Zayad.

—Al baño. ¿Quieres venir?

—Te ayudaré, por supuesto.

Después de acompañarla, volvió con Tara.

—¿Me das un azucarillo, Zayad? Supongo que ya te has dado cuenta de que no veo muy bien.

—Yo creo que ve usted muy bien, señora.

—Gracias. Me esfuerzo mucho por llevar una vida normal. Supongo que Mariah te habrá contado que no siempre fui ciega. Los muebles que hay aquí llevan conmigo toda la vida y hace cinco años, cuando empecé a perder la vista, el consuelo de saber que estaba rodeada de color me ayudó mucho.

—Supongo que fue muy duro para usted.

—Al principio sí. Pero uno se acostumbra a la oscuridad.

—¿Cómo?

—He buscado la luz en otras cosas… y en otras personas.

Mariah lo llamó entonces desde el cuarto de baño.

—Voy a ayudarla —murmuró Zayad, incómodo—. Quizá podríamos hablar en otro momento.

—No sé si…

—Tenemos que hablar, señora Hefner.

—Sé para qué has venido, Zayad.

—¿Ah, sí?

—Jane, claro. Es una buena chica y no tiene por qué saber la verdad. Ahora no. No necesita esto ahora mismo.

—Entiendo que quiera seguir con su vida, pero es una princesa.

Y quisiera su madre o no, Jane merecía saber quién era.

—Vuelve el viernes —dijo Tara por fin.

—Aquí estaré.

—Espero que no me niegues la oportunidad de explicarme.

—Por supuesto que no.

Una explicación que tanto Jane como él se merecían.

Capítulo 7

Mientras volvían a casa, Mariah miraba a Zayad de reojo. Estaba muy serio, muy rígido, pero no entendía por qué. ¿Le habría dicho algo Tara mientras ella estaba en el cuarto de baño? ¿Pero qué podría haberle dicho?

Esperaba que no hubiera intentado emparejarlos… Ésa era una de las especialidades de Tara.

Quizá debería tranquilizarlo, decirle que no estaba interesada.

—Oye, ¿por qué no te tomas la noche libre?

—¿Cómo?

—Que te tomes la noche libre. Yo estoy bien, así que puedes salir por ahí. Puedo pedir una *pizza* por teléfono, ver una película… incluso puedo ponerme a trabajar ya no me duele tanto el tobillo. Además, supongo que tendrás cosas que hacer.

—Tengo tiempo libre, no te preocupes.

—Ah, por cierto, has alquilado también el almacén, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes que yo quise alquilarlo para convertirlo en oficina?

—¿Y qué pasó?

—Que no tenía presupuesto.

—Ya.

—Bueno, el caso es que ya has hecho más que suficiente por mí. Sal por ahí, diviértete.

—¿Estás intentando librarte de mí?

«*No, estoy intentando mantenerme virgen. O más bien, estoy intentando ahorrarme otra metedura de pata*».

—Zayad, la verdad es que deberías descansar un poco. Te has portado muy bien conmigo, pero…

—Me siento responsable de ti.

—Eso es muy halagador, pero lo del caballero de brillante armadura ya no se lleva.

«*Bueno, en realidad es tan ideal que me va a dar un ataque*».

—No pienso cambiar de opinión.

—Pero…

—Como tú, Mariah, soy un experto en debates. Podemos seguir así durante horas.

—Sí, ya veo —sonrió ella.

—¿Te gustan las espadas antiguas?

—La verdad es que no he visto ninguna. Pero las antigüedades me encantan.

Poco después, Zayad aparcaba frente a la casa.

—Si quieres, podemos compartir nuestros mundos esta noche.

—¿Cómo?

—Puedes venir a mi casa para tomar una *pizza* y si te interesa, podría enseñarte mi colección.

Mariah tragó saliva. Para ella, los fines de semana consistían en una *pizza* y una película antigua porque Jane siempre estaba trabajando. Pero esto… un hombre tan guapo mostrándole su colección de espadas antiguas… Bueno, aunque sonara un poco extraño, a ella le parecía fabuloso.

Pero sonrió sin entusiasmo. Después de todo, Zayad no tenía porqué saber que estaba interesada.

—Podría darte mi opinión, ¿no? Podría sugerir el nombre de algún comprador…

—Ya veremos —sonrió Zayad.

«*Qué arrogante*», pensó ella.

—Ya veremos a donde nos lleva esta noche.

Mariah asintió, con un nudo en la garganta.

* * *

-Se llama Charles Waydon.

Media hora después, Zayad le daba a su ayudante el nombre del

ex marido de la clienta de Mariah.

—Debes vigilarlo veinticuatro horas al día. Quiero saber adónde va, a quién ve, qué hace. Quiero fotografías, Fandal.

—Sí, señor.

—Esto es muy importante.

—Entiendo, señor.

Zayad se dio la vuelta para tomar la guía telefónica. Pediría una *pizza* por teléfono y no se cuestionaría por qué quería portarse como un hombre normal durante dos semanas.

Aunque su ayudante sí se lo preguntaría.

—¿Puedo preguntar…?

—¿Sí, Fandal?

—¿Por qué está ayudando a esa mujer?

—Le he dado mi palabra.

—Sí, pero ¿por qué? No es la joven que buscamos.

No, no lo era. Pero era bellísima y lo intrigaba. Mariah Kennedy necesitaba algo más que ayuda para caminar. Sí, él estaba acostumbrado a ayudar económicamente a los demás, pero nunca a una mujer que necesitara un amigo.

Y empezaba a ser algo adictivo.

—Ella es la clave, Fandal. Es la mejor amiga de mi hermana, su confidente.

—Entiendo, señor.

—Puedes irte, Fandal.

El hombre salió haciendo una reverencia y Zayad tomó el teléfono, suspirando. Lo que no entendía era la intensidad de su atracción por Mariah. Simpatía sí, pero ¿aquel deseo?

En Emand, cuando se interesaba por una mujer, le ofrecía una noche de placer y luego todo lo que ella deseara… todo menos su corazón. Nunca había existido un deseo profundo con esas mujeres.

Mariah Kennedy era diferente. Con su humor cáustico y aquella sombra que oscurecía el brillo de sus ojos, Zayad tenía la sensación de haberla conocido desde siempre. Había dicho que no creía en las almas gemelas y él tampoco creía en ello. Pero si pudiera creer, Mariah sería la suya.

Y sólo la había besado una vez.

Tendría que controlar su deseo, pensó. Pero si ella volvía a besarlo no podría controlarse por algo tan irrelevante como el

honor.

La haría suya.

* * *

-Me gusta la *pizza* con jamón. Clásica, un poco picante, pero siempre satisfactoria —con el pie apoyado sobre unos cojines, en vaqueros y camiseta, Mariah dio un mordisco a su *pizza*.

Al otro lado del sofá, Zayad hizo lo propio.

—¿Seguro que estás describiendo la *pizza*?

—Sí, claro. Aunque también podría estar describiéndome a mí misma… en los tribunales.

—¿Por qué?

—Cuando trabajo visto de forma clásica y mis litigios siempre son un poco picantes… para el contrario —sonrió Mariah.

—¿Y eres satisfactoria?

Menuda pregunta.

—Bueno, espero serlo cuando gano.

—Seguro que ganas muchas veces.

En realidad, solía hacerlo. Pero un mes antes todo había cambiado. ¿Su actitud, sus ganas de trabajar? ¿Algo que ver con la confianza que tenía en sí misma? No estaba segura, pero había perdido tres casos.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué clase de *pizza* eres tú?

—No sé describirme a mí mismo.

—Inténtalo.

Zayad lo pensó un momento.

—Aceitunas verdes —dijo por fin—. Champiñones y pimientos rojos.

—Interesante. ¿Qué significa?

—Que soy de naturaleza áspera, como la aceituna. Los champiñones crecen a la sombra de algo, en sitios remotos. Y el pimiento rojo es un poco picante —sonrió Zayad—. Como tú.

Mariah intentó sonreír, pero aquel coqueteo estaba acelerando su corazón hasta un punto imposible. Porque no estaba

acostumbrada.

—¿De verdad quieres ver mi colección de espadas? —preguntó él entonces—. Es posible que te aburra.

¿Lo decía de broma? Después de dos trozos de *pizza* y un par de cervezas, estaba dispuesta no sólo a ver su colección de espadas sino a robarle un beso si era necesario.

—No creo que me aburra.

—Muy bien. El almacén no está muy lejos, pero no debes caminar, así que te llevaré en brazos… si no te importa.

¿Importarle?

La verdad era que el tobillo le dolía mucho menos y usando las muletas, podía moverse con facilidad. Pero empezaba a disfrutar de los brazos de aquel hombre.

* * *

El cielo, sin nubes, estaba lleno de estrellas mientras cruzaba el patio en los brazos de Zayad. Él marcó un código de seguridad y la puerta se abrió de inmediato. Era un espacio vacío, con suelos de madera, lleno de cajas.

Zayad la dejó en el suelo con mucho cuidado y luego abrió una de las cajas. Dentro había una espada brillante que levantó con gran reverencia.

—¿Le has vendido ésta a algún jeque?

—Es de Persia —murmuró él, acariciando la empuñadura—. Mira lo que dice la inscripción…

—¿Qué dice?

—Significa «*No temas a tu corazón*».

Luego sacó otra espada, con la empuñadura en forma de cabeza de león.

—Ésta es muy antigua.

—¿También tiene una inscripción?

—Sí. Cuenta una leyenda…

—¿Cuál? —exclamó Mariah.

—Dice que Rajput, un antiguo sultán, levantaba su espada para enfrentarse a todo aquel que quisiera robarle a su amada.

—Qué dramático.

—Sí, desde luego. Pero cuando un hombre y una mujer se entregan, nadie tiene derecho a separarlos, ¿no te parece?

Mariah asintió. ¿Por qué no iba a estar de acuerdo con una idea tan romántica? Sobre todo, cuando Zayad estaba tan cerca…

—Me ha parecido un regalo apropiado.

—Una venta apropiada, quieres decir.

—Sí, claro —murmuró él—. Tócala.

—La hoja es muy afilada.

—Preciosa, ¿verdad?

Sí, lo era. Y él también. Mariah deseaba besarlo.

—Bueno, creo que hemos terminado por hoy.

Ella arrugó el ceño. No le apetecía irse a la cama.

Pero Zayad no la tomó en brazos. Después de guardar la espada, se sentó a su lado en el suelo.

—¿Qué tal el tobillo?

—Me duele un poco.

—¿Quieres volver a casa?

—No, todavía no.

—Debes de tener el pie levantado —suspiró él, colocando su pierna sobre sus rodillas—. ¿Mejor?

Mariah asintió porque no podía pronunciar palabra.

—¿Qué pasa? ¿Te duele?

Estaba tan cerca y olía tan bien… Y había pasado tanto tiempo.

—Zayad, anoche… cuando nos besamos…

—¿Sí?

—¿Me besaste porque te daba pena?

—¿Qué?

—¿Porque estaba un poquito mareada y no sabía lo que hacía?

Mariah no pudo decir nada más porque Zayad tomó su cara entre las manos y la besó con tal pasión que el corazón estuvo a punto de salirse de su pecho.

—Yo no hago nada por pena.

—Es que pensé…

—No vuelvas a decir eso.

Zayad metió las manos por debajo de la camiseta y empezó a acariciar sus pechos.

—Tus manos son una delicia —murmuró Mariah, sin aliento.

—Y tú estás llena de vida —dijo él con voz ronca.

—¿Te sientes atraído por mí?

—¿Lo dudas?

—No, no.

—Mírame, Mariah. ¿No ves cómo te miro?

¿Lo veía? No estaba segura. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvo con un hombre, desde la última vez que vio a un hombre como un posible amante y no como un enemigo.

—Mi última relación me dejó marcada. Creo que perdí la confianza en mí misma.

—¿Te hizo mucho daño?

—Mucho.

—Y te sigue doliendo, ¿verdad?

—Sí.

Zayad se quedó en silencio un momento, mirándola a los ojos. Mariah intentó descifrar lo que había tras aquellas pupilas oscuras, pero era indescifrable.

—Yo no quiero hacerte daño, Mariah.

—Espera. Yo no quería decir…

—Haces bien en ser prudente y debo ser sincero contigo: yo no creo en ese tipo de compromiso.

Mariah pensó que se le había parado el corazón. No más besos, no más caricias.

—No te estoy pidiendo eso.

—Pero deberías. Tú mereces una vida maravillosa, con todo lo que deseas. Cuando estés dispuesta a arriesgarte otra vez, por supuesto.

Ella dejó escapar un suspiro de frustración.

—Mira, no necesito que nadie me diga lo que me merezco o no. Créeme, me he pasado tantas horas estudiando el tema que podría escribir un libro. Esto es lo que quiero: diversión, sexo, coquetear con un hombre… por primera vez en mucho tiempo. Y sin compromisos.

Él no parecía convencido.

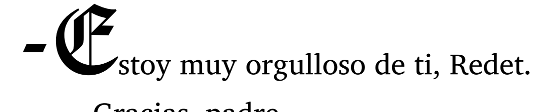
—Yo creo que es hora de irse a dormir, ¿no?

«*¡No!*», habría querido gritar Mariah. Pero no dijo nada.

Zayad la tomó en brazos y la llevó a su habitación. Se quedó dormida quince minutos después y soñó con espadas antiguas y con

un hombre guapísimo que se colocaba encima de ella, desnudo… con una sonrisa traviesa en los labios.

Capítulo 8



—Estoy muy orgulloso de ti, Redet.

—Gracias, padre.

Eran las siete de la mañana en California y Zayad se había levantado temprano del diminuto sofá para hablar con su hijo por teléfono. Lo echaba de menos y quería oír su voz.

Sentado en el patio, disfrutó del amanecer mientras hablaba con su niño.

—Ojalá yo hubiera sido tan listo como tú a tu edad.

—¿No lo eras?

—No. No tenía cabeza para los números, aunque se me daba muy bien la historia.

—¿Y los deportes?

—Mi padre, tu abuelo, sólo me dejaba hacer deporte si sacaba buenas notas.

—¿Y qué deporte habrías elegido si hubieras sacado buenas notas? —preguntó Redet, riendo.

—La espada, hijo mío.

Al otro lado del hilo, Zayad oyó una campana y ruido de niños.

—Tengo que irme, padre. Debo volver a clase.

—Te quiero, hijo mío.

—Yo también. ¿Cuándo volverás?

—Dentro de un par de semanas. Cuando esté en casa, iremos a montar a caballo…

—¿Y me entrenarás con la espada?

—He encontrado una especial para ti. Te la llevaré como regalo.

Mariah escuchaba la conversación desde la puerta del patio.

Maldito Zayad Fandal.

¿Por qué no podía ser como el resto de los hombres guapos, inteligentes y megalomaníacos que conocía? ¿Por qué tenía que ser tan cariñoso con su hijo? Sí, era un poco arrogante, pero también era atento, generoso.

Lo vio jugar con su taza mientras hablaba por teléfono, pensativo, tan fuerte, tan masculino…

Pero Zayad había dejado clara su posición la noche anterior. Quería ayudarla y estaba dispuesto a proteger su dolorido corazón… un corazón que hasta que él apareció, estaba tan cerrado a todo que Mariah pensó que no se abriría nunca.

Pero se había abierto. Y el culpable era aquel hombre.

—Que Dios te guarde, hijo mío. Adiós, Redet.

Cuando colgó, Mariah intentó apartarse de la puerta, pero no fue suficientemente rápida.

—Buenos días —la saludó él.

—Buenos días. Perdona, no quería escuchar…

—No pasa nada. ¿Qué tal el tobillo?

—Mejor, mucho mejor.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien —contestó ella.

«*Pero he soñado contigo*».

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó Zayad.

—Tengo muchísimo trabajo.

—Bueno, siéntate. Primero tendrás que desayunar.

—¿Desayunar? ¿Quién va a hacer el desayuno?

—Yo.

—¿Tú?

—Voy a hacer unos huevos revueltos. Eso se me da muy bien.

Él era todo el desayuno que Mariah necesitaba, con el pelo mojado y ese chándal azul… Le dieron ganas de fingir una caída para que volviera a tomarla en sus brazos.

Pero el sonido del teléfono interrumpió la fantasía.

—¿Dígame?

—Hola, soy yo.

—Hola, Jane. ¿Cómo va todo?

Zayad fue a la cocina a hacer los huevos y Mariah, con el

inalámbrico en la mano, se sentó en la silla que él había desocupado.

—Me ha pasado una cosa graciosísima —dijo Jane.

—Estupendo. Cuéntame.

Jane empezó a contarle que su alumna era un desastre en la cocina, pero Mariah apenas escuchaba. No podía dejar de pensar en su sueño, en el hombre que estaba en su casa…

—Le dije que no lo hiciera sin mi ayuda, pero al final lo hizo y tuvimos que llamar a los bomberos.

—Qué bien.

—¿Qué bien? ¿Qué pastillas te están dando? —replicó Jane—. Un momento, ¿dónde está el vecino guapo?

—Haciéndome el desayuno.

—Ay Dios mío, te has acostado con él.

—No.

—Pero te gusta. Estás loca por él, lo intuyo.

—No es verdad —replicó Mariah.

—Cariño, ¿por qué no te diviertes un poco? Te vendría muy bien —sugirió Jane—. Eres mi amiga y quiero verte feliz por una vez. Así que lánzate.

Mariah sacudió la cabeza. ¿Cómo podía decirle que ella estaba dispuesta pero no el vecino en cuestión?

—Tengo que irme. Se me va a enfriar el desayuno.

—Que te diviertas —rió Jane.

Cuando colgó, Zayad salía al patio con dos platos de huevos revueltos.

—¿Cómo está tu amiga?

—Bien. Un poco irritada por la torpeza de su alumna, pero bien.

—¿Es una persona impaciente?

—En absoluto.

—Quizá no es paciente cuando tiene que enseñar a alguien…

—Todo lo contrario. El verano pasado estuvo enseñando a un grupo de niños y eso debe de ser aterrador.

¿Por qué Zayad la hacía sentir como si tuviera que defender a su amiga?

Después de desayunar, Mariah se levantó.

—Bueno, me voy a trabajar.

—¿A trabajar?

—Tengo que ganar un caso, ¿recuerdas?

—Por supuesto. —Zayad dejó la servilleta a un lado—. ¿Te he dicho que tengo un amigo buscando algo sobre Charles Waydon?

—¿Qué?

—Dije que te ayudaría.

Sí, pero Mariah no había imaginado que le pediría a un amigo que interviniera. No entendía a aquel hombre. ¿Qué buscaba? ¿Por qué se preocupaba tanto por sus asuntos? Si no estaba interesado en Jane, ¿por qué hacía todo aquello? ¿Sería posible que le gustara ella? ¿Que tuviera miedo de sus sentimientos y quisiera ir despacio?

¿A quién quería engañar?, pensó entonces. ¿Qué hombre quería ir despacio?

—Dijiste que me ayudarías, pero no pensé que…

—¿No pensabas que cumpliría mi palabra?

—No.

—Qué cinismo, señorita Kennedy —sonrió Zayad.

—No es eso. No espero que me ayudes porque no tienes ninguna obligación de hacerlo. Si quieres olvidarlo, por mí no hay ningún problema.

—Pero es que no quiero olvidarlo.

—¿Qué es lo que quieres, Zayad?

Él se apoyó en el respaldo de la silla, pensativo.

—No trabajes hoy Mariah. Creo que nos merecemos un descanso.

—No puedo.

—Claro que puedes. Si descansas, es posible que veas mejor el camino.

—No puedo descansar —replicó ella.

—¿Cuándo fue la última vez que te diste un capricho?

—¿Qué? Lo dirás de broma.

—No lo digo de broma.

Mariah se quedó pensativa.

—Hace mucho tiempo que no me doy un capricho.

—Patético —sonrió Zayad.

—Ya te digo.

—He pensado que podríamos volver a Ojai. Hay un *spa* muy bueno allí.

—¿Un *spa*?

—Baños de agua termal, masajes relajantes. Eso es bueno para tu tobillo.

—No puedo…

—Claro que puedes —dijo él, apretando su mano.

—¿Y qué harás tú mientras me están dando masajes?

—Recibir otro. Y luego podríamos cenar juntos.

El corazón de Mariah empezó a dar saltos. ¿Habría cambiado de opinión? ¿Estaría dispuesto a lanzarse, como ella?

—No sé… Suena maravilloso, pero es un poco extravagante, ¿no?

—No lo creo. Además, tampoco yo estoy acostumbrado a frivolidades. Vivo dedicado a mi trabajo y me apetece descansar un poco.

Mariah se lo pensó durante un segundo y medio.

—Muy bien.

—Estupendo —sonrió Zayad—. Nos iremos dentro de una hora.

Mientras Mariah se vestía para el viaje, Zayad hizo una importante llamada de teléfono. Fue corta y directa. Tara Hefner lo esperaba a la una y no llegaría tarde.

Por un momento se sintió culpable, pero decidió apartar de sí esa sensación. Había ido a California para buscar respuestas y las obtendría.

* * *

Mariah miró el suntuoso vestíbulo y se sintió completamente fuera de lugar con sus vaqueros y su camiseta.

—Menudo sitio.

—No está mal —sonrió Zayad.

—¿No está mal? Esto es increíble.

Un sitio enorme, pero acogedor con su decoración de estilo mexicano, el *spa* de Ojai tenía mosaicos de colores, sofás blancos, alfombras hechas a mano y plantas exóticas. Mariah nunca había visto nada así. El único sitio al que la había llevado su marido era un hotelito en Buelton, la capital de la sopa de guisantes.

—Bienvenidos al *spa* de Ojai —los saludó un joven, acompañado de una mujer de unos cincuenta años, ambos vestidos de blanco—.

Delilah acompañará a la señorita y yo lo acompañaré a usted, señor Fandal.

—Esto es una despedida —sonrió Mariah.

—No por mucho tiempo, mi’nár.

—¿Qué significa eso?

Zayad sonrió antes de desaparecer con el joven y Mariah se quedó mirándolo, perpleja. Parecía como en su casa.

—Por favor, venga conmigo, señorita Kennedy —dijo Delilah, llevándola a un vestuario. Allí le dio un albornoz blanco con zapatillas a juego—. Sugiero que se quite la sujeción del tobillo y disfrute de la piscina antes del masaje. Está perfumada con menta y es muy relajante.

—Muy bien, gracias.

—Que disfrute de su estancia —sonrió la mujer.

Mariah no se preguntó qué significaba esa enigmática sonrisa. Estaba en el paraíso y pensaba disfrutar de cada momento.

Después de una rápida ducha, se metió en la piscina. Definitivamente, el paraíso. Y los treinta minutos le parecieron treinta segundos.

Delilah la acompañó después a la sala de masajes. Había poca luz y una música muy relajante. El olor a vainilla lo llenaba todo. En el centro, una camilla y una mesa llena de toallas…

Y una nota.

Curiosa, Mariah la leyó:

Por favor, desnúdese. Túmbese boca abajo y prepárese para que la mimen.

Sonriendo, se quitó el albornoz. ¿Quién era ella para llevarle la contraria a los expertos? Suspirando, se tumbó en la camilla y se cubrió con la sábana.

La música y el olor de las velas aromáticas la relajaron de tal forma que empezaba a quedarse dormida cuando entró la masajista, pero no se molestó en levantar la cabeza. La mujer no dijo nada y sencillamente, se puso a trabajar.

Pero cuando empezó a pasar las manos por sus hombros, Mariah abrió los ojos de golpe.

Esas manos no eran manos de mujer… a menos que hubiera

trabajado en una mina durante los últimos diez años. No, eran manos de hombre.

Pero intentó no ponerse mojigata. Después de todo, la gente se daba masajes todos los días y aquel hombre sería un profesional. Además, ella no había pedido expresamente que fuera una mujer quien le diera el masaje.

Quizá debería haberlo hecho.

Quizá por eso Delilah había sonreído de forma tan enigmática.

—¿Está cómoda, señorita Kennedy?

O quizá no.

La relajación desapareció por completo. Mariah levantó la cabeza, la sábana que cubría su espalda resbalando hacia un lado. Sobre ella, con una camiseta negra y unos magnéticos ojos del mismo color, estaba Zayad.

—¿Te hago daño?

Capítulo 9

Mariah parecía tan asustada que Zayad decidió tranquilizarla.

Actuando como un profesional, volvió a colocar la sábana, aunque no le apetecía porque tenía un trasero precioso. Pero tendría que ir despacio, dejar que se acostumbrara al roce de sus manos.

—Perdona si te he asustado.

—¿Qué haces aquí?

—He pensado que te sentirías más cómoda si era yo quien te daba el masaje en lugar de un extraño.

En realidad, había estado pensando en eso todo el día. Lo tenía todo planeado: Mariah desnuda, el aceite brillando sobre su piel mientras él pasaba las manos por su cuerpo… Cuando llegó al *spa*, le dijeron que eso era imposible, pero como siempre, el dinero los hizo cambiar de opinión.

Además, aquel día no había masajistas femeninas y aunque no le gustaba admitirlo, no quería que ningún hombre la tocase.

—¿En lugar de un extraño? Pero si tú eres prácticamente un extraño, Zayad.

—Eso no es verdad —replicó él—. ¿No nos hemos tocado? ¿No nos hemos besado? ¿Eso lo hacen dos extraños?

Mariah cerró los ojos, a punto de derretirse.

—No, no lo hacen dos extraños.

—Si no te gusta, dímelo y llamaré a Larz.

—¿Larz?

—El masajista. Un sueco muy grande con ojos de loco.

—¿Ah, sí?

—Sí. No sé qué puede saber un hombre así sobre masajes.

—¿Y tú sí sabes?

—En mi país es una práctica común. ¿Quieres que siga?

—Esto es lo más raro que me ha pasado en mi vida, pero…

—¿Sí?

—Muy bien —suspiró Mariah, dejando caer la cabeza sobre la camilla—. ¿Por qué hemos tenido que venir aquí si eres un experto en masajes?

—Porque yo no tengo piscina.

—¿Y piensas exfoliarme con sal cuando lleguemos a casa?

—No —contestó él—. La piel de una mujer no debería ser raspada de esa forma. No creo en esos tratamientos.

—Casi me da miedo preguntar en qué tratamientos crees.

—Yo creo en… me parece que aquí lo llamáis preludio amoroso.

—¿Cómo?

—Es un juego muy sensual —dijo Zayad, sin dejar de masajear su espalda.

—Un juego —repitió Mariah.

—Estimula la piel de la mujer y la lengua del hombre —sonrió él.

Mariah estuvo a punto de saltar de la camilla. Acababa de ver una imagen en su mente… una imagen en la que no había querido pensar durante años. La cabeza de un hombre entre sus piernas… la cabeza de Zayad entre sus piernas.

—¿Cómo lo haces?

—¿Cómo hago qué, Mariah?

—Esto, dar masajes. El director del *spa* seguramente nos va a echar de aquí con cajas destempladas…

—Yo me he encargado de todo. No hay ningún problema. No pienses en ello.

—Debo dejar la mente en blanco, ¿no?

Zayad rió.

—No, deberías pensar en cosas agradables.

Como si pudiera pensar en algo en aquel momento. Bueno, además de en Zayad abriendo sus piernas y penetrándola suavemente mientras ella lo besaba en el cuello. Por ejemplo.

—Por favor, date la vuelta.

—¿Qué?

—Tienes que darte la vuelta, Mariah.

—¿Que me dé la vuelta?

—Sí.

Si se daba la vuelta, estaría completamente expuesta… de arriba abajo.

—¿Dónde está la toalla?

—No te hace falta.

—Yo creo que sí.

—Tienes un cuerpo precioso. No debes sentirte avergonzada. Si supieras lo que me hace mirarte, no tendrías miedo.

Ella volvió la cabeza.

—A lo mejor me gustaría saber lo que te hago, Zayad.

«*A lo mejor estoy desesperada por saberlo*».

—Como tú quieras.

Zayad tomó su mano y la llevó hasta su entrepierna. Mariah intentó respirar, pero no podía llevar aire a sus pulmones. Era duro y muy grande.

—¿Te darás la vuelta ahora?

Ella obedeció, intentando esconder una sonrisa de satisfacción.

—Harías que resucitara un muerto, Mariah. Quizá ya lo has hecho.

Esas palabras le llegaron al corazón. Sospechaba que aquel hombre era vulnerable, que raramente hacía un comentario como ése. Y sospechaba, que también él, escondía una pena.

Zayad siguió masajeando sus piernas con gran cuidado. Las pantorrillas, las rodillas, los muslos. Mariah se sentía tan bien, tan deseable… Cuanto más se acercaban sus manos a los pálidos rizos entre sus piernas, más crecía el deseo, más imaginaba sus dedos explorándola, el miembro rígido que había tocado un momento antes entrando en ella.

Cuando acarició sus pechos tuvo que cerrar los ojos.

—¿Te gusta? —preguntó Zayad.

—Sí, mucho —contestó ella.

Se preguntó qué haría después. Terminar el masaje, apagar la música y marcharse. ¿Dejarla en aquel estado de frustración sexual?

Pero no hizo nada de eso. Todo lo contrario. Se inclinó para buscar sus labios y… no había nada dulce y suave en esa caricia.

Mariah se alegró. Enredó los brazos alrededor de su cuello y lo tumbó sobre ella, gimiendo al sentir el peso de su cuerpo.

Cuando Zayad empezó a acariciar uno de sus pezones con la lengua, Mariah sujetó su cabeza con las dos manos.

Pero no por mucho tiempo.

Porque él siguió hacia abajo, besando su estómago, mordiéndola de tal forma que le hacía sentir escalofríos. Luego bajó de la camilla y levantó sus nalgas con las dos manos.

Cuando la tomó con la boca, Mariah estuvo a punto de gritar.

La chupaba, dejaba que su lengua bailase en su interior…

Había pasado mucho mucho tiempo.

Mariah dejó caer la cabeza hacia atrás.

Sabía que llegaría pronto al orgasmo. No quería, pero sabía que no podría evitarlo, no quería que parase.

Levantó las caderas para ponérselo más fácil, empujó hacia su boca. Luego se detuvo. La tensión, el calor, el deseo, conspiraron para llevarla hasta el final.

Olas y olas de placer parecían cubrir su cuerpo y ella se arqueaba y gemía a la vez. Hasta que, por fin, volvió a respirar.

—Mariah…

Mariah alargó la mano para tocarlo, pero él se apartó.

—Ahora debo irme.

—No —murmuró ella.

Sólo había conseguido la mitad de lo que quería.

—Debo irme —insistió Zayad—. Te veo dentro de dos horas, ¿de acuerdo?

Mariah suspiró.

—Muy bien.

—¿Te he dado placer?

—Sí.

Zayad desapareció y ella se sentó en la camilla, perpleja. Se sentía feliz y triste a la vez, confiada e insegura. Ya no era la amarga y casta divorciada. Ahora era una mujer con un intenso deseo por un hombre al que apenas conocía y en el que no confiaba.

* * *

Zayad no quería marcharse.

Cuando llegó al aparcamiento de la residencia, apagó el motor y se pasó una mano por el pelo, frustrado. Lo único que veía era una camilla de masajes y a la mujer más bella del mundo tumbada sobre ella, desnuda.

Tuvo que respirar profundamente para controlarse, para liberar su mente de esa imagen… por el momento, al menos. Pero eso era imposible. Seguía notando su olor, el calor de su piel.

Zayad maldijo su falta de control. Había ido a California a buscar a Jane, no a buscar una amante, una mujer a la que no volvería a ver cuando volviera a su país.

Suspirando, bajó del coche y se dirigió al apartamento de Tara. Tendría que luchar contra su deseo por Mariah Kennedy. No podía permitirse esa distracción.

Llamó a la puerta y la hermosa mujer que había cautivado a su padre apareció frente a él.

—Buenas tardes, Zayad.

—Buenas tardes, señora Hefner.

—Tara, por favor.

—Gracias por recibirme. Sé que no tendrías por qué hacerlo.

—Admito que siento curiosidad —sonrió ella, mientras lo acompañaba al salón. Sobre la mesa había una jarra con limonada y un plato de galletas, algo que a Zayad le pareció entrañable.

—¿Puedo preguntar cómo perdiste la vista?

—Tengo una enfermedad, una degeneración macular.

—Lo siento.

—Yo no.

—¿No?

—Bueno, eso no es cierto del todo. Me encantaría ver el rostro de mi hija, a Mariah con su toga, tu sonrisa… la misma que la de tu padre, estoy segura. Pero no puedo tener eso. Ahora veo de una forma diferente y eso, a veces, está bien. Creo que ha sido un regalo haber perdido la vista. Te sorprende, ¿verdad?

—Sí, me intriga.

—Perdí la vista lentamente. La oscuridad empezó a apoderarse de mí poco a poco… Antes lo juzgaba todo por el exterior, pero cuando empiezas a perder visión, estás obligado a ver con el alma, a ver lo importante. Dejé de juzgar y empecé a hacerme preguntas.

Nada de arrogancia, nada de cólera, nada de compasión ni de preguntarme «*¿Por qué yo?*».

—Entiendo.

—Ya no estoy enfadada con la vida, pero admito que siempre ha habido un agujero en mi corazón por algo que terminó muy pronto.

—¿Los tres días con mi padre?

—Sí —contestó Tara—. Era un hombre asombroso. El tiempo que estuvimos juntos fue mágico. Moralmente no sé si está bien o mal, pero fueron los tres días más bonitos de mi vida… excepto cuando nació Jane.

—¿Lo amabas?

—Mucho.

A Zayad se le encogió el corazón. ¿Por qué había preguntado eso? Él no creía en el amor. Además, lo importante ahora era Jane y su futuro. Pero quería saber por qué su padre había amado a aquella mujer, quizá conocerlo un poco mejor a través de su relación con ella.

—Sé que quizá esto es lo último que quieres oír, pero… tu padre me dijo que me amaba y yo lo creí. Sin embargo, pertenecíamos a mundos diferentes. Y por supuesto, él tenía una familia.

—Sí —murmuró Zayad.

—Yo no podía creer que lo que hubo entre nosotros fuera una mentira, que nunca me había amado. Y me destrozó que no se preocupara por su hija, por nuestra hija.

Aunque Zayad no había ido para convencerla de que su padre la había querido, sintió que debía decir algo.

—Estoy seguro de que Jane le habría importado… si hubiera sabido de su existencia.

—Pero tu padre sabía de su existencia, Zayad.

—No lo sabía, Tara.

—¿Qué?

—Nunca lo supo.

—Eso no es posible. Su ayudante…

—Nunca informó a mi padre de tus llamadas ni de la existencia de una hija. Pensaba que estaba protegiendo a la familia real de una…

—No lo digas —lo interrumpió Tara—. ¿Estás diciendo la verdad? ¿Tu padre nunca supo que tenía una hija en Estados

Unidos?

—No.

—Entonces, no me mintió.

No era una pregunta, era una afirmación. Pero de repente, se quedó pensativa.

—¿Por qué has venido a América, Zayad? ¿Por qué quieres buscar a Jane? ¿Para decirle quién es o para comprobar si merece ocupar un puesto en la familia real?

—Ambas cosas.

—No vas a hacerle daño a mi hija, ¿verdad?

—No tengo intención de hacérselo.

—Ella no sabe nada. No quise cargarla con la historia de tu padre… Jane no sabe nada de esto.

—Pero debe saberlo.

Tara asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que sí.

—Quiero hablar con ella en cuanto vuelva de Los Ángeles.

—No yo hablaré con ella. Aunque me duela, quiero ser yo quien le cuente la verdad.

Zayad asintió. La verdad podía ser una píldora amarga, pero era necesaria.

—¿Y mi otra hija? —preguntó Tara entonces.

—¿Mariah?

—Sí. Sé que le gustas. Hace siglos que no mira a un nombre y la verdad, me asusta un poco.

—No tienes nada que temer.

—Piensas volver a Emand, ¿verdad?

—Sí.

—Y la dejarás aquí, con el corazón roto. Yo he pasado por eso, Zayad. He amado y he estado sola. No es algo que desee para Mariah.

—Mariah no siente nada por mí…

—Quizá no ahora mismo, pero la conozco bien. Por favor, ten cuidado. Con mis dos chicas, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Zayad salió de la residencia más confuso que nunca. Había querido odiar a aquella mujer, decirle que su padre no podía haberla amado, pero no pudo hacerlo.

Empezaba a sentir algo que desconocía, un descontrol, una ansiedad que no había sentido jamás. Le gustaría hablar de sus miedos con Mariah, no sabía por qué, pero se sentía muy cerca de ella. Sin embargo, no debía hacerlo.

Si lo que Tara había dicho era cierto, no debía jugar con sus emociones.

Zayad sacudió la cabeza… ¿Desde cuándo se preocupaba tanto por las emociones de las mujeres?

Sabía exactamente desde cuándo. Una tarde, varios días atrás, cuando una frustrada pero bellísima abogada se había chocado con él.

* * *

La había sorprendido. De nuevo.

Mariah pensó que se irían a casa, pero no. Después del último tratamiento, una mujer la había llevado al hotel, a una *suite* increíble con vistas al jardín.

Por lo visto, Zayad había reservado la habitación.

Mariah hubiera deseado tener miedo, pero no era así. Lo único que sentía era una emoción desconocida.

Eso y cierta frustración por no haber llevado nada más que los vaqueros. Iba a cenar en aquella magnífica *suite* y sólo tenía unos vaqueros viejos.

Por supuesto, tampoco su armario estaba lleno de vestidos de diseño…

Pero cuando entró en el cuarto de baño, comprobó que Zayad tenía reservada otra sorpresa para ella. Sus cosméticos estaban sobre la repisa del lavabo… y colgado de la barra de la ducha había un vestido de seda amarillo pálido, precioso y de aspecto carísimo.

Sin pensarlo, supo que Zayad lo había comprado para ella y que iba a ponérselo esa noche. Aunque tendría que ir descalza porque no podía ponerse el vestido con unos botines de piel marrón.

Después de una ducha rápida, se secó el pelo con el secador, se maquilló un poco y esperó que llegara su cita. Mientras esperaba, pensó en el «*masaje*». Temblaba al recordarlo. Por primera vez en cuatro años había dejado que un hombre la tocara física y

emocionalmente.

Estaba abriéndose otra vez… y Zayad podría hacerle mucho daño.

Quizá si no veía aquella aventura como había visto su matrimonio, podría olvidar sus miedos, se dijo. No habría compromiso, no habría palabras de amor, ni promesas. No tenía que esperar nada de él, solo placer… durante el tiempo que durase.

Pero cuando la puerta se abrió y Zayad entró en la *suite*, se preguntó si eso sería posible.

Increíblemente guapo con un traje oscuro y una camisa blanquísima, Zayad se detuvo frente a ella.

—Estás preciosa, Mariah. El color del sol es perfecto para ti.

—Gracias. Y gracias por el vestido.

—De nada.

Era más importante de lo que él imaginaba. Ningún hombre le había comprado nada tan personal.

—¿Qué tal el resto del día en el *spa*?

—Maravilloso.

—¿Y el tobillo?

—Mucho mejor.

Él miró sus piernas desnudas, sus pies descalzos.

—¿Tienes hambre?

«*No tienes ni idea*».

—La verdad es que sí.

—Nuestro chef viene altamente recomendado —dijo Zayad, tomando su mano para llevarla a la terraza—. ¿Quieres una copa de vino?

—Sí, por favor.

El chef apareció entonces y sirvió la cena en una mesa decorada con velas y rosas rojas. Luego, haciendo un saludo a Zayad, desapareció.

—Bueno, ¿qué has hecho tú mientras a mí me cuidaban en el *spa*?

—Tenía que resolver un asunto personal. Y organizar esta cena.

—Pues lo has hecho muy bien. Todo es maravilloso.

«*Y tú eres maravilloso*». «*Y no sé si puedo creer que esto es sólo sexo*».

—Gracias.

—Todo es perfecto.
Él la estudió, antes de llevarse la copa a los labios.
—¿Seguro?
—Sí.
—¿Lamentas lo que ha pasado?
—¿Qué ha pasado? —preguntó Mariah.
«*Como si no lo supiera*».
—Que yo haya sido tu masajista en lugar del sueco. No podía soportar que otro hombre te tocara.
—¿Por qué?
—No me gustaría.
—No creo que a mí me hubiera gustado tampoco.
—Entonces, ¿no lo lamentas?
—No.
—Hay algo que debo decirte, Mariah. Sólo estaré en California durante un tiempo.
—Lo sé.
—Quiero ser sincero contigo.
—Te lo agradezco.
«*Más o menos*».
—Mi vida está en Emand, mi trabajo, mi hijo…
—Zayad, lo entiendo. De verdad —murmuró Mariah. No quería saber nada más. Estaba siendo sincero con ella y se lo agradecía. Por una vez, un hombre no le mentía, no intentaba aprovecharse—. Hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo?
Zayad tomó su mano para llevársela a los labios.
—¿Qué otros tratamientos te han hecho en el *spa*?
—Una exfoliación.
—¿Para suavizar tu piel?
—Eso espero —rió Mariah.
—Eso lo juzgaré yo, si quieres.
—Estarías dispuesto, ¿no?
Zayad sonrió, burlón, mientras se levantaba para acariciar sus brazos.
—Sí, es muy suave. Pero creo que debo explorar más… para estar seguro.
Cuando metió la mano bajo el vestido, Mariah contuvo el aliento.

Se olvidó de la cena, de hablar, de todo. Habían esperado suficiente, ¿no? Necesitaba aquello. Su cuerpo necesitaba aquello. Y claramente, él también.

—Llévame a la cama.

Esperaba que dijese que no, que lo harían después de cenar. Pero no fue así. Y sus ojos eran más oscuros que nunca.

—Sí.

—Sí —repitió Mariah, sabiendo que debía de parecer desesperada.

Zayad la tomó en brazos y ella enterró la cara en su cuello.

Capítulo 10

Mariah cerró los ojos mientras Zayad la tumbaba suavemente en la cama. Había querido que llegase aquel momento, había fantaseado sobre eso día y noche, esperando que Zayad estuviera tan interesado como ella. Pero ahora que estaba pasando, no pudo evitar sentir cierta vergüenza.

Después de todo, su última relación había terminado precisamente por el sexo. Sí, era porque su marido tenía relaciones sexuales con otra mujer, pero siempre se había preguntado si fue ella quien lo empujó a los brazos de esa mujer… si era una mala amante.

Pero dejó de pensar cuando Zayad se tumbó sobre ella para buscar sus labios. Su peso, su torso aplastando sus pechos, el miembro rígido apretándose contra su vientre…

Mariah dejó escapar un gemido de aprobación mientras arqueaba las caderas, sus braguitas húmedas y demasiado estrechas.

—¿Deseas esto? —murmuró él, acariciando su pelo.

—Te deseo —contestó Mariah.

Zayad apartó las tiras del vestido. No llevaba sujetador y con una mano, empezó a explorar sus pechos mientras metía la otra bajo el vestido para acariciarla por encima de las braguitas.

—Mariah… —murmuró con voz ronca.

Ella habría querido enredar las piernas en su cintura, pero se contuvo. Quería que durase, quería tenerlo dentro aquella vez.

Zayad debió de notar su deseo, o sencillamente, no podía esperar. En un segundo, le había quitado el vestido y su propia

ropa. Y la acariciaba con tal frenesí que despertaba un incendio entre sus piernas.

—Por favor, Zayad. No puedo esperar, no puedo…

Él se apartó un momento para buscar algo en la mesilla, un preservativo, que se puso con manos temblorosas.

—No puedo controlarme, perdóname.

Mariah no entendió, pero no tuvo tiempo de preguntar mientras él se incorporaba un poco para colocarse entre sus piernas. Ella era estrecha y él muy grande, pero cuando se deslizó hasta el paraíso, sintió un placer increíble.

La llenaba perfectamente.

Quizá aquello era diferente. Quizá era lo que siempre había pensado que no podía existir.

Cuando Zayad la miraba, parecía querer leer en su alma…

Sin dejar de besarla, Zayad tomó una almohada y la colocó bajo sus caderas.

—¿Qué haces?

—Así la experiencia será mejor.

—No creo que sea posible.

Él sonreía mientras entraba en ella, primero despacio, luego cada vez con más fuerza.

La tensión en su interior era insoportable y sabía que estaba cerca. Quería gritar, quería detenerse y empezar otra vez. Pero no valió de nada. Y cuando él levantó sus caderas con las dos manos, cambiando de ritmo, haciéndolo más rápido, casi frenético, Mariah sintió que caía por un precipicio, se dejó arrastrar por las olas de placer, por el calor de los espasmos que sacudían todo su cuerpo.

Zayad se clavó en ella mientras murmuraba su nombre con voz ronca, temblando. Era asombroso.

Volvió a besarla, un beso húmedo y desesperado que le hizo sentir escalofríos. Luego se dio la vuelta, llevándola con él. Era un gesto increíblemente íntimo y Mariah se sintió tan conectada con aquel hombre que quería enterrar la cara en su pecho. Pero él no la dejó. Claramente, tenía algo que decirle.

—Eres muy apasionada, Mariah. Pero es una pasión que has mantenido escondida mucho tiempo, ¿no es cierto?

—Sí —contestó ella, con la boca seca.

—Debes liberar esa pasión.

Mariah se quedó inmóvil, sin saber qué decir. ¿No había sido suficientemente apasionada? De nuevo, había fracasado, pensó. Quizá era frígida o algo parecido.

—¿Soy mala como amante?

—No —rió él, levantando su barbilla con un dedo—. No quería decir eso. Eres maravillosa. Estás llena de pasión, eres profunda y tus caricias me ponen duro como una piedra.

—Pero…

—No hay ningún pero —la interrumpió Zayad—. Eres sencillamente maravillosa. Pero no quiero sólo el placer, quiero borrar ese dolor de tus ojos. Debo hacer que desaparezca y no sé cómo hacerlo.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé —contestó él, casi como si tuviera miedo.

—No creo que puedas borrar ese dolor. Es… la vida, Zayad.

—Háblame de ese hombre que te hizo daño.

Mariah dejó escapar un suspiro.

—Era muy guapo, encantador, un hombre de negocios… y un mentiroso.

—¿Y por eso ya no es tu marido?

—No me quería —suspiró ella—. Quería a otra mujer.

—Era un idiota. Deberías sentir pena por él. Cometió un error y eso le costó la mujer más maravillosa del mundo.

Mariah puso una mano sobre su pecho, confusa.

—No quiero seguir hablando de él. Háblame de tu país. Dime cosas bonitas.

—Muy bien —sonrió Zayad—. Ah, Emand… No hay ningún sitio en el mundo como mi país. El amanecer es mi momento, me encanta —dijo, jugando con su pelo—. El sol empieza a levantarse sobre el horizonte lentamente y sientes como si hubieras perdido muchas horas mirándolo, pero no lo lamentas. La arena del desierto es fría, de color marrón antes de que salga el sol. Pero luego se vuelve del color del cobre. Los jardines huelen a jazmín, a azahar, las montañas y los lagos son de agua pura. La gente de mi país, aunque muy tradicional, es generosa y abierta.

—¿Y por qué te has ido de ese paraíso? —preguntó Mariah.

—Los negocios pueden alejarte incluso del sitio más hermoso —rió Zayad, abrazándola.

Se quedaron en silencio después. Abrazados, sin soltarse, se acariciaron hasta quedar dormidos. Era la primera vez en cuatro años que Mariah dormía con un hombre.

Era la primera vez en la vida de Zayad que dormía con una mujer.

Siempre le había gustado estar solo. Había un acuerdo tácito entre él y su amante de turno: lo que había ocurrido entre ellos en la cama no trascendería su deseo de soledad.

* * *

Zayad estaba en la terraza de la *suite*, mirando cómo el cielo oscuro era absorbido por el amanecer.

La noche anterior se había quedado dormido con Mariah en sus brazos. Había querido despertarla, hacerle el amor otra vez, amarla hasta que le abriera su alma. Quería hacer que olvidara a aquel canalla que había sido su marido.

Zayad cerró los ojos un momento y los abrió de nuevo. Echaba de menos Emand. Era un sentimiento casi infantil, pero no podía evitarlo. Después de todo, estaba actuando como un crío… olvidando quién era, lo que estaba buscando, cuáles eran sus obligaciones.

Poco después la oyó levantarse de la cama y la intuyó a su lado. La luz de la luna iluminaba la sábana blanca con la que había cubierto su cuerpo desnudo. El pelo rubio caía sobre sus hombros… No dijo nada, sólo se colocó a su lado y deslizó la mano por su pecho hasta el vello oscuro bajo su ombligo.

Estaba duro antes de que lo hubiera tocado.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Mariah empezó a pasar la mano arriba y abajo. Luego, se puso de rodillas y Zayad tuvo que agarrarse a la puerta de la terraza mientras ella le hacía el amor con la boca.

Estuvo a punto de lanzar un aullido.

Mariah clavaba los dedos en su espalda mientras lo chupaba. Luego se apartó un poco para tocarlo con la punta de la lengua. Zayad apretó su mano. Sabía que era un gesto sentimental, pero no podía evitarlo. Era lo que deseaba.

Cuando estaba a punto de llegar al final, murmuró su nombre con voz ronca y la tomó en brazos.

—Encontraremos el placer juntos.

Mariah asintió con la cabeza y Zayad sonrió, porque sabía que estaba olvidando sus miedos, tomando el control, tomando lo que quería por primera vez en mucho tiempo.

—Colócame encima de ti —dijo en voz baja cuando llegaron a la cama.

—Sí.

—Enreda las piernas en mi cintura…

—Sí.

Eran movimientos torpes, pero daba igual. Estaba dentro de ella en un segundo, empujando furiosamente mientras Mariah echaba la cabeza hacia atrás, en éxtasis.

Se amaron hasta que amaneció, hasta que empezó un nuevo día.

* * *

-Tenemos fotografías, señor.

Sentado en la terraza de la *suite*, Zayad tomó un sorbo de zumo de naranja y se cambió el móvil de mano.

—¿Merecen la pena, Fandal?

—Sí, señor.

Mirando hacia la puerta, Zayad sonrió. Mariah se pondría muy contenta. Él había insistido en que volviera al *spa* para que le hicieran la manicura y la pedicura antes de volver a casa. Ella no quería porque lo que deseaba era seguir en la cama, hacer el amor, pero al final la convenció.

Si pudiera, la llevaría en un *jet* a Beverly Hills, a las mejores tiendas de Rodeo Drive para comprar ropa, pieles, diamantes, todo lo que quisiera.

Muchas mujeres, incluida la madre de Redet, estarían encantadas de hacerlo, pero algo le decía que Mariah Kennedy era diferente. Ella sólo querría estar en la cama con él, haciendo el amor, besándose… Una vez había tenido un hombre rico y no la hizo feliz.

Al pensar eso se le encogió el corazón. Debía contarle la

verdad…

—Me gustaría ver una de las fotografías.

—Puedo llevársela, señor. Como sabe, estamos un piso más abajo.

Casi se le había olvidado. Casi.

—No, envíamela por fax inmediatamente. La mejor.

—Sí, señor.

Zayad le dio un número de fax antes de colgar y unos minutos después, le llegaba la fotografía.

Sus hombres habían hecho un buen trabajo, pensó, al ver que habían montado cuatro fotografías en el papel. La primera era de un hombre y una mujer besándose frente a la puerta de un hotel. En otra, la misma pareja hacía el amor en una de las habitaciones. En la siguiente aparecían cenando juntos, muy cerca el uno del otro. Eran fotografías tomadas desde un edificio cercano, con teleobjetivo. Zayad no quería saber cómo las habían hecho, le daba igual.

De repente, se abrió la puerta de la *suite* y Mariah entró, llena de energía.

—¿Qué haces, trabajando?

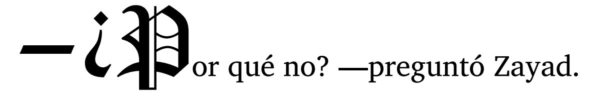
Él negó con la cabeza.

—Te dije que te ayudaría. Tengo fotografías del marido de tu clienta… con una mujer.

Mariah arrugó el ceño mientras estudiaba el papel.

—Están muy bien… y no puedo creer que hayas hecho esto por mí, pero me temo que no van a servir de nada.

Capítulo 11



—¿Por qué no? —preguntó Zayad.

—Sólo muestran que se ha acostado con una mujer… recientemente, no que lo hiciera mientras estaba casado con mi clienta.

—Ya veo.

Zayad parecía desilusionado y eso hizo que Mariah se lo agradeciera aún más. Nunca en su vida un hombre se había preocupado tanto por ella. Zayad Fandal no sólo era un gran amante, era un gran amigo. Tenía suerte de haber encontrado a alguien como él.

Aunque era una pena que tuviera que volver a su país.

—Eres maravilloso —dijo, echándole los brazos al cuello—. Gracias.

—No he encontrado lo que buscabas.

—Pero has hecho todo lo posible.

—Y haré más.

—Pero si ya has hecho más que suficiente…

—Me encargaré de encontrar algo que te sirva, Mariah.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque lo es para ti.

Mariah apoyó la cabeza en su pecho. Era tan sólido, tan fuerte, los latidos de su corazón, tan pausados. La hacía sentirse como una mujer, femenina, querida.

Y no podía negárselo más: estaba enamorada de él.

Quizá esos sentimientos eran una estupidez, pero le daba igual.

Se sentía viva. Y si Zayad se hubiera enamorado de ella…

—Hay otra razón para ayudarte —dijo él entonces—. También lo hago por Redet.

—Tu hijo.

Su hijo. Por supuesto. ¿Cómo iba a quedarse? Si contemplara la posibilidad de dejar a su hijo para estar con ella, Mariah no podría amarlo. Sería como esos canallas contra los que luchaba en los tribunales.

¡Qué ironía!

Era imposible que aquello funcionara, pensó, con el corazón encogido. Su vida, su hijo, estaban en Emand.

Zayad acarició su pelo.

—Este hombre es tu batalla, este hombre que miente y engaña a todo el mundo, que no se merece tener un hijo.

Mariah detectó algo más que rabia en su tono. Había también miedo, decepción. No conocía su historia, lo que había sufrido con la madre de su hijo, pero…

Tan guapo, tan seguro de sí mismo, como un guerrero. Le temblaban las piernas al mirarlo, pero sus convicciones y su espíritu hacían que lo admirase profundamente.

—¿Me das un beso?

Con los ojos brillantes, Zayad se inclinó para buscar su boca. Y entonces todos los pensamientos desaparecieron… se escaparon con la brisa de la mañana que entraba por las puertas de la terraza.

* * *

Había diez mensajes en su contestador cuando llegaron a casa y Mariah supo que estaba metida en un lío. Todos menos tres eran de Jane.

Había varios en los que le contaba que la estrella de cine la estaba volviendo loca y uno en el que decía: «*O me llamas ahora mismo o llamo a la policía*».

No le había contado nada a Jane, no le había dicho a donde iba, ni con quién… Pero tendría que contárselo.

—Te mato —dijo Jane, más aliviada que enfadada cuando por fin le contó dónde había estado.

—Empezamos bien —rió Mariah.

—¿Qué tal el tobillo?

—Mucho mejor. Mira, perdona que no te haya dicho que me iba. Es que fue una cosa que decidí a última hora…

—¿Una cosa de última hora? Tú no has hecho algo sin planearlo cuidadosamente en cuatro años. Especialmente con un hombre.

—Este hombre, aunque me resulta difícil reconocerlo, hace que me olvide hasta de mi nombre, de mis responsabilidades…

—No puedo creer que te hayas enamorado del vecino —la interrumpió Jane—. Por favor, esto es como Melrose Place.

—No va a ser nuestro vecino durante mucho tiempo.

—¿Ah, no?

—No, tiene que volver a su país.

—¿Te va a dejar después de lo que ha pasado?

Mariah respiró profundamente. Jane siempre había sido la optimista, pero parecía haberle contagiado su cinismo.

Sin embargo, ella no quería ser cínica en aquel momento, no podía serlo. Había disfrutado del amor otra vez y aunque no podía durar, quería más, sin importarle las consecuencias.

—Jane, tiene un hijo. No puede quedarse aquí porque debe estar con él. Y me parece muy normal.

—Sí, claro. ¿Y por qué no te vas con él?

—Primero, porque no me lo ha pedido. Segundo, porque no pienso irme de aquí.

—¿Por qué no?

—Porque…

—Tengo que colgar. Cameron Reynolds está llamándome a voces, como siempre. Te veo en un par de días, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Y no hagas nada que puedas lamentar —rió Jane—. ¡Espera! ¿Qué he dicho? Haz lo que quieras. Cuélgate de los candelabros, compra nata, juguetes eróticos… te lo mereces.

Mariah seguía riendo cuando colgó. Luego salió al patio y miró la puerta del almacén, donde el hombre del día estaba trabajando.

Cuando estaban en la *suite*, todo era romance. Ahora que estaban de vuelta en casa, ¿serían diferentes las cosas? Después de todo ya no tenía que cuidarla. No, ahora eran amantes.

Suspirando, entró en casa y encendió el ordenador. Cuando

estaba nerviosa, el trabajo solía ponerlo todo en perspectiva. Sí, estaba teniendo un romance, pero su clienta la necesitaba.

Tenía que ganar aquel caso. Y aunque las fotografías que el amigo de Zayad le había conseguido no iban a servirle de mucho, quizá había algo en ellas que pudiera ayudarla…

Mariah tomó el fax que Zayad había dejado sobre la mesa y sacó una lupa del cajón.

* * *

Una gota de sudor caía por la frente de Zayad mientras blandía la espada, girando, moviéndose de izquierda a derecha…

Sí, su hijo aprendería a usar la espada como él.

Luego tomó una toalla y pensó que sólo quedaban dos días para que su hermana volviera a Ventura. Estaba dispuesto a conocerla, a decirle la verdad y a pedirle que volviera a casa.

No podía permitir que ella renunciara a su título. El deber estaba por encima de todo y Jane debía entender eso.

Entonces recordó algo que había dicho su padre: «*El corazón de una espada es el acero con el que ha sido forjada*».

Aquella espada era una combinación de hierro y carbón, una mezcla perfecta que le daba poder y flexibilidad. En la antigüedad, sólo el poder era importante, pero con el paso del tiempo, la gente había aprendido cosas nuevas. Él y su gente habían cambiado también para ajustarse a los nuevos tiempos.

Zayad miró por la ventana. Estaba empezando a anochecer y no se había dado cuenta. Siempre le pasaba eso cuando estaba haciendo ejercicio.

En ese momento, dejó de pensar en política y pensó en algo infinitamente más agradable: Mariah. Sólo le quedaban unos días con ella y quería que fueran tan maravillosos como fuera posible. Porque cuando descubriera quién era y por qué estaba allí, no querría saber nada de él.

Se le encogió el estómago al pensar eso. Era un loco, pero no quería decirle quién era. Quería que todo siguiera como hasta aquel momento.

Por primera vez en su vida, alguien no lo conocía, no conocía su

fortuna ni su posición. A Mariah le importaba como hombre, no porque fuera un príncipe. Y por eso, siempre estaría en deuda con ella.

—¡Hora de cenar!

Zayad se volvió, sonriendo.

Allí estaba, bañada por la luz de la luna, con una camiseta blanca y un pantalón corto del mismo color. Como preparada para irse a la cama antes de cenar.

Pero claro, siempre podría convencerla para tomar primero el postre…

Capítulo 12

—No sabía dónde íbamos a terminar —sonrió Mariah, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

La noche anterior se olvidaron de la cena y fueron directamente a la cama. Dos horas después, Mariah había despertado a Zayad con un beso muy suave en una parte muy sensible de su anatomía.

Por supuesto, el resto de la noche transcurrió siguiendo el mismo patrón.

—¿Dónde íbamos a terminar? —preguntó Zayad.

—En tu casa o en la mía —rió Mariah.

—Mientras estemos juntos en la cama, ¿no?

—Sí, sí.

Estaba amaneciendo y Mariah suspiró, contenta. Observó el cielo tiñéndose de rosa, la luz colándose en la habitación poco a poco… Iba a ser un día de sol, pero le habría dado igual que fuera hubiera un huracán. No pensaba dejar que nada le estropeara el día. Estaba disfrutando del tiempo que les quedaba. Sólo un día más hasta que Jane regresara y las cosas volvieran a ser como antes… normales.

Entonces habría preguntas…

Desde el día que se chocó con aquel hombre asombroso, estaba viviendo el momento de su vida. Y mientras siguiera allí, pensaba disfrutar.

—Me gusta dormir contigo —murmuró, acariciando su pecho—. Pensé que nunca me gustaría compartir cama con nadie. Me he acostumbrado a dormir sola, a vivir sola.

—No vives sola.

—No me refiero al espacio. Quiero decir dentro de mi corazón. Estoy sola dentro de mi corazón. Por elección, desde luego, pero…

—A veces es bueno estar solo. Incluso dentro del corazón. A veces la distancia nos protege, ¿no?

—Sí, es verdad —suspiró ella—. Llevo cuatro años protegiéndome a mí misma, quizá más.

—¿Y ahora?

—Ya no quiero hacerlo.

—¿Aunque te hagan daño?

—Aunque me hagan daño.

Zayad levantó su barbilla con un dedo.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que has pasado?

—Porque me he estado muriendo poco a poco durante estos años. Estaba protegiéndome a mí misma, pero una vida llena de miedos no es vida.

—Yo intento no pensar esas cosas.

—¿Por qué? ¿Porque crees que las cosas no deberían cambiar? ¿Tienes miedo de lo que puede pasar si cambias?

Él se puso muy serio.

—Lo siento —dijo Mariah—. Es tu vida, tu elección.

Zayad intentó sonreír.

—Hacemos lo que debemos hacer. Los cambios llegan con el tiempo.

Ella asintió. Tenía razón. Quizá no estaba dispuesto a cambiar. Quizá Zayad, como ella, necesitaba enamorarse para llegar ahí.

Se le encogió el corazón, pero intentó controlarse. Zayad no la amaba, pero al contrario que su ex marido, tenía integridad. No se comprometía a nada, no mentía, no hacía falsas promesas.

No. Sencillamente, no estaba preparado.

Mariah se apoyó en un codo para mirarlo a los ojos. Se había portado tan bien con ella, era tan buen amigo, tan buen amante… Aunque volviera a su país en unos días, no quería que la olvidase.

—¿Algún plan para hoy?

—Sí.

¡Oh!

Ella apartó la mirada. Debía de tener cosas que hacer. No todos los días eran fiesta. Y además, a ella le vendría bien trabajar un poco…

—Después de que mi médico le eche un vistazo a ese precioso tobillo tuyo, tengo planes para ti,
mi'nár
.

—¿Vas a decirme lo que significa eso?

—Quizá algún día —sonrió él—. Estaba pensando que podríamos ir a la playa.

—¿A la playa?

—Sí, podríamos comer allí.

—Y hacer castillos en la arena.

—¿Qué es eso? —preguntó Zayad.

—¿No sabes lo que son?

—No.

—Yo te enseñaré a hacerlos —rió Mariah—. Te va a encantar. Después de todo, es una labor artística.

* * *

Zayad se sentó sobre la arena, con una sonrisa en los labios. Estaba orgulloso de su trabajo, pero aquel día no parecía ser suficiente.

Curioso.

Nunca había necesitado la aprobación de nadie.

Miró a Mariah, magnífica con un bikini azul pálido, sus curvas excitantes, su sonrisa haciendo que se preguntara si la verdadera felicidad era posible. Era muy diferente a las mujeres que conocía, eso debía admitirlo. Y quería su opinión, sus halagos.

No, los necesitaba.

—¿Qué tal mi castillo?

—Fabuloso —contestó ella—. Parece sacado de una película de Disney.

—¿Ah, sí? Pues no es una imitación de un decorado, es el palacio de Emand.

—¿De verdad?

—Sin los jardines, sin los estanques…

—Pues debe de ser precioso. El sultán debe de perderse cuando vaya a lavarse los dientes.

—Seguro que conoce el camino —intentó sonreír Zayad.

Aquella charada había empezado con un propósito, pero se estaba convirtiendo en una mentira. Y no estaba orgulloso de eso. No quería engañar a Mariah. Le importaba demasiado. Le diría la verdad, decidió. Aquella misma noche.

Entonces se preguntó por qué no lo había hecho antes. Sabía que Mariah no le contaría nada a Jane. Pero durante los últimos días no había querido que nada interfiriese con su romance. Nada. Ni siquiera su deber, su honor.

Había olvidado a su país por aquella mujer. Esa verdad dolía como un cuchillo en el corazón. Había olvidado sus principios por el placer. Quizá era mejor que se fuera cuanto antes.

—¿Es un palacio nuevo o uno de esos antiguos sobre los que hablan en los libros de historia?

—Para la gente de Emand, está fuera del tiempo. La familia real ha vivido en ese palacio durante siglos.

—¿Conoces bien la historia?

—Sí.

—El sultán… ¿Es viejo o joven? ¿Tiene hijos… tiene muchas esposas?

—No está casado.

—¿Ah, no?

—No. Y en Emand, aunque no se han suprimido las antiguas costumbres, los miembros de la familia real sólo tienen una esposa.

—¡Ah, eso me gusta!

—Sí, a la mayoría de los americanos les gusta.

—Y me gustas tú —rió Mariah.

A Zayad se le encogió el corazón. Por un simple halago. Pero contenía una gran verdad, algo importante. Aquella mujer no sabía que el príncipe, el hombre que vivía en aquel hermoso palacio, era el mismo hombre con el que había hecho el amor toda la noche, el hombre que deseaba amarla más que nada en el mundo.

No.

Ella lo creía un hombre normal. Y aun así le gustaba.

—¿Qué más quieres saber? —preguntó, apretando su mano.

—¿Has visto al sultán de cerca?

—Sí.

—¿Cómo es, dictatorial, fiero, exigente?

—Tiene que gobernar un país, Mariah. Hay veces en las que

puede ser todo eso.

—Sí, claro. Es curioso, siempre pensamos que la realeza es una cosa romántica, pero supongo que no es así.

—Supongo que no.

—Qué trabajo tan difícil… Pero seguro que tiene mucha gente que lo ayude, consejeros, ministros.

—Muchos, pero no son tan competentes como a él le gustaría —contestó Zayad. Debería cambiar de tema, pero no quería hacerlo. Era estupendo hablar de aquello con Mariah—. Eso es muy frustrante. Emand tiene graves problemas sociales que le gustaría atajar…

—¿Por qué tiene tantos problemas?

—No es fácil cambiar tantos siglos de prejuicios y miedos, pero las cosas empiezan a funcionar poco a poco.

Mariah tomó un bote de crema solar y se echó un poco en las manos.

—Parece que el sultán es muy moderno.

—Me alegra decir que lo es. Intenta hacer comprender a los mayores que las cosas han cambiado, que hay costumbres que ya no son válidas. Intenta arreglar lo que está mal…

—Curioso, eso es precisamente lo que quiero hacer yo —dijo Mariah.

—Y lo haces. Y seguirás haciéndolo.

—Eso espero.

—Venga, anímate —dijo Zayad, tomando su mano—. Ven conmigo.

—¿Dónde?

—¿No te gustan las sorpresas,
mi’nár
?

—Nunca me han gustado mucho, pero las que me estás dando me encantan.

—Espero poder darte siempre extraordinarias sorpresas.

Mariah se dejó llevar hasta una colina de arena.

—¿Qué es esto?

—Encontré este sitio el día que llegué aquí.

El sonido de las olas golpeando la playa seguía resonando en sus oídos, pero estaban lejos de la gente. Zayad había encontrado un

refugio, una especie de gruta.

La roca abierta parecía llamarlos y Mariah se dejó llevar. No sabía qué esperar, una playa recóndita, peces exóticos… a saber.

Pero no podía haber estado más equivocada.

En el centro de la cueva, colocada sobre la arena, había una alfombra. Y sobre la alfombra, una cesta de merienda. Había pan, quesos, ensalada, frutas, pastel y vino. Podía verlo todo muy bien, porque las grietas de la cueva dejaban pasar la luz del sol.

Nunca había estado en un sitio parecido y seguramente, nunca volvería por allí. Sería su lugar secreto, el que recordaría siempre.

Zayad la ayudó a sentarse en la alfombra.

—¿Cómo has hecho esto? ¿Cuándo?

—He pedido ayuda a unos amigos.

—Qué buenos amigos tienes. ¡Esto es increíble!

—Me alegro de que te guste.

—Zayad, me mimas demasiado. No voy a poder estar con ningún otro hombre…

No había querido decir eso en voz alta. Había querido halagarlo, de broma, como una frivolidad; quizá también hacerle saber lo importante que era para ella.

Pero no había nada frívolo en el brillo de aquellos ojos oscuros.

—No quiero pensar en ti con otro hombre —dijo Zayad, muy serio.

—Yo tampoco —contestó Mariah—. No puedo pensar en ti con otra mujer.

—No hay otra mujer.

—Lo sé, pero…

—Por favor, vamos a comer, ¿de acuerdo? Odio ese tema.

Mariah también, aunque no podía dejar de pensar en ello. Pero tenía que hacerlo. Aunque sólo fuera para disfrutar de su último día.

—Estoy muerta de hambre. Se me ha abierto el apetito mientas hacíamos el castillo.

—Pero si lo he hecho yo —protestó Zayad.

—¡Sí, pero yo he llevado el agua!

—Bueno, es verdad —sonrió él. Parecía que iba a decir algo más, pero no lo hizo—. Dame tu plato. Deja que te sirva.

Mientras comían, hablaron del caso, de su amor por el arte y de

un gusto que compartían: las frambuesas.

El tiempo volaba y antes de que se dieran cuenta, llegó la tarde, llevándose con ella los rayos del sol. Había empezado a llover y el sonido de la lluvia golpeando la roca era exótico, diferente. Mariah se sentía como si estuviera en un lugar remoto, lejos de casa. En otro país.

—Parece que no vamos a poder movernos de aquí —sonrió Zayad.

—¿Y estás contento?

—Sí —contestó él.

—Yo también —confesó Mariah, echándose en sus brazos.

Allí, resguardados de todo y de todos, se besaron. Hicieron el amor y Zayad estaba tan enfebrecido que no pensó en protegerse, en protegerla. Cuando acabaron, la apretó contra su corazón y se quedaron dormidos.

Capítulo 13

La carretera estaba llena de charcos y Zayad deseó estar de vuelta en la cueva, con Mariah apretada contra su corazón.

Pero las cosas buenas siempre tienen que terminar, ¿no?

Y cuando dejó de llover, los dos supieron que era hora de irse. Una vez en el coche, Zayad le abrochó el cinturón de seguridad y besó tiernamente su pelo.

Durante el viaje, pensaba en lo que pasaría cuando llegaran a casa, cuando Jane volviera al día siguiente. Mariah iba mirando las fotografías del marido de su clienta. Parecía incómoda, triste.

Y de repente, Zayad sintió un increíble deseo de protegerla, de borrar ese gesto adusto, de hacerla sonreír.

Habían hecho el amor sin protección. Había querido estar dentro de ella, sin barreras y no pensó en las consecuencias.

Eso lo aterraba. Y lo emocionaba al mismo tiempo.

Si era sincero consigo mismo, debía admitir que Mariah Kennedy le había robado el corazón… o lo que quedaba de él. Y no quería irse de California.

—¡Dios mío! —exclamó Mariah entonces.

—¿Qué ocurre?

—No me lo puedo creer…

—¿Qué es?

—Hay una cosa que no habíamos visto antes en las fotografías…

—¿Qué?

—O más bien, que yo no había visto.

—Mariah, me estás volviendo loco. ¿Vas a decirme qué es?

—Perdona… es una cajita de Tiffany’s y un anillo de compromiso.

—No entiendo —suspiró Zayad, llevando el coche hasta el arcén.

—Mira, le está poniendo un anillo.

Zayad miró la fotografía de cerca. Efectivamente, el hombre estaba poniendo un anillo en el dedo de la mujer.

—Pero como tú misma has dicho, ésta es una fotografía reciente. Tu clienta y él están divorciados. Da igual que le ponga un anillo a otra mujer.

—A menos que lo hubiera comprado cuando aún estaba casado con mi clienta —sonrió Mariah.

—Sigue —dijo Zayad, intrigado.

—Cuando revisé las facturas de sus tarjetas de crédito vi una factura de Tiffany’s y le pregunté a mi clienta. Ella me dijo que era un regalo que le hizo a los niños y a mí no se me ocurrió comprobar si era eso u otra cosa. Si en la factura hay también un anillo…

—Ah, ya entiendo —sonrió Zayad—. Sabía que encontrarías algo.

—Estoy empezando a pensar que voy a ganar el caso —dijo Mariah.

—¿Qué te había dicho yo?

—Que iba a ganar.

—Deberías escucharme más a menudo —rió Zayad.

—Es posible.

—¿Es posible? —repitió él, tomándola en sus brazos—. Te deseo, Mariah Kennedy —dijo en voz baja.

—Yo también, pero…

—¿Pero quizá deberíamos irnos a casa?

—Sí, es lo mejor.

—Podríamos trabajar un par de horas y encontrarnos para cenar. ¿Te parece?

Ella asintió.

—Y para el postre…

—¿Frambuesas?

—Sí —sonrió Mariah.

Sonreía, pero había cierta melancolía en sus ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Dímelo.

—No sé… Es que nunca había conocido a un hombre menos egoísta que tú.

¿Menos egoísta? No podía estar hablando de él, pensó Zayad. Él siempre tomaba sus decisiones basándose en lo que deseaba o en lo que era bueno para su país.

—Y tan atento, tan…

—No soy nada de eso, Mariah.

—Claro que sí. Nunca había conocido a un hombre tan generoso. No me refiero al dinero, sino a los sentimientos… tú no tienes ningún problema en felicitarme si tengo un éxito profesional…

—¿Tu marido no lo hacía?

—Todo lo contrario.

Zayad suspiró.

—Supongo que hay una explicación para eso.

—¿Cuál?

—Cuando tenía veintiún años me vi obligado a entender que el amor y el respeto no se pueden exigir, hay que ganárselo. Fue una buena lección que pienso enseñarle a mi hijo.

La admiración y algo parecido al amor brillaban en los ojos de color arena. Zayad quería apartar la mirada, pero no era capaz.

—He pasado un día maravilloso —dijo Mariah entonces.

—Yo también.

Cuando llegaron a casa, Zayad se despidió con un tierno beso en los labios.

Sólo cuando ella cerró la puerta, se percató de la ironía de ese gesto, de esa simple acción.

No había besado con esa ternura a ninguna otra mujer.

* * *

Más tarde, cenaron en la cocina de Mariah. No era una exótica cueva, pero ella había decorado la mesa con velas y flores del jardín…

En cuanto a la cena…

—Eres la peor cocinera que he visto en toda mi vida, Mariah Kennedy —rió Zayad.

—Lo sé, soy un desastre. Es casi imposible cargarse un plato de pasta, ¿verdad? Pues yo lo consigo.

—¿Cuánto tiempo ha estado cociendo la pasta?

—No sé, me distraje.

—¿Estabas trabajando?

No, no estaba trabajando. Estaba pensando en él. Pero no podía decirle eso. No podía decirle que se había sentado para soñar despierta.

—Sí, estaba pensando en el caso.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Especialmente ahora que tienes una buena pista.

—Tienes razón.

—¿Has confirmado lo del recibo de Tiffany's?

—Sí, es lo que yo había pensado.

—Fantástico.

Un golpe de viento hizo bailar la llama de las velas. Allí estaban, cenando juntos otra vez. Como una pareja normal. Pero no eran en absoluto normales y desde luego, no eran una pareja.

—¿Has hablado con tu hijo?

—Hace una hora, sí.

—¿Cómo está?

—Bien. Lo veré muy pronto.

—¿Lo echas de menos?

—Mucho. Pero la idea de marcharme me llena de tristeza.

—Entonces, no te vayas —dijo Mariah.

—Debo hacerlo.

—Ya.

—Es complicado, Mariah.

—Sí, siempre lo es —suspiró ella, levantándose.

—No vuelvas a encerrarte en ti misma, por favor —le suplicó Zayad.

—No lo haré.

—Durante estos días has sido libre, feliz.

«*¿Es que no lo entiendes?*». *«Libre, feliz, alegre, deseada… porque estaba contigo».*

—Quiero que entiendas mi posición.

—La entiendo, Zayad. Tienes a Redet, tu vida en Emand…

—Debo volver a mi país. Mi vida está allí. Tengo una responsabilidad importante, algo que…

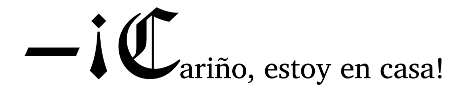
—No, por favor. No quiero hablar de eso ahora —lo interrumpió Mariah.

—Mariah…

—No, de verdad. Vamos a disfrutar de esta noche.

Zayad asintió, pero en sus ojos había un brillo de tristeza.

Capítulo 14


—¡Cariño, estoy en casa!

La alegre voz de una mujer resonaba por el dúplex como una campanilla.

Zayad se movió bajo las sábanas, intentando registrar ese sonido, pero apenas había dormido por la noche…

Alargó un brazo para buscar a Mariah, pero ella no estaba a su lado. Sorprendido, levantó la cabeza. Estaba solo. Y por primera vez en su vida, no quería despertar solo. Era una admisión peligrosa, pero dormir con Mariah le parecía tan maravilloso que no le importaría hacerlo cada noche.

Durante toda su vida.

Suspirando, se levantó y entró en el salón abrochándose la camisa.

Pero la mujer que estaba allí no era la mujer que esperaba. Era la mujer a la que había ido a buscar, la que tenía los ojos verdes como Sakir.

—¡Ah, hola!

—Hola —murmuró Zayad, con el corazón acelerado—. Tú debes de ser Jane.

—Sí, pero tú no eres Mariah.

Su hermana pequeña, pensó. Aquella chica era su hermana.

—No, no soy Mariah.

—Así que tú eres el culpable de que a mi amiga se le haya ido la olla.

—¿Cómo?

—Es una expresión de aquí —rió Jane—. Quiere decir que le gustas.

—¡Ah, ya!

—Bueno, ¿dónde está Mariah?

—No lo sé, pero supongo que habrá ido a comprobar algo sobre el caso.

—Siempre trabajando —suspiró Jane—. Espero que hayáis hecho algo más que trabajar estos días.

—Sí, creo que sí… pero no quiero hablar de Mariah. Hablemos de ti —dijo Zayad entonces.

—¿De mí? ¿Qué quieres saber?

—¿Desde cuándo te gusta la cocina?

—Desde siempre —contestó Jane, sorprendida.

—Y creo que piensas abrir un restaurante.

—¿Quién te lo ha contado?

—Mariah y tu madre.

—¿Mi madre? ¿Has conocido a mi madre?

—La he visto en dos ocasiones. Es una mujer maravillosa.

—Sí, lo es. La mejor madre del mundo.

—Y tu padre…

—No lo conocí. Murió antes de que yo naciera.

Zayad se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí?

Mariah estaba cerca de la ventana, escuchando la conversación, con el corazón encogido.

«*No quiero hablar de Mariah, hablemos de ti*».

Tuvo que apoyarse en la pared, angustiada. No podía ser. No entendía cómo aquel hombre tan cariñoso, aquel hombre que le había hecho el amor con tanta pasión, estaba ahora interesado en Jane.

Y sin embargo, podía entenderlo.

Su vida había estado llena de hombres así. Y se había creído enamorada de él… ¡Qué tonta! ¿Cómo podía haberse enamorado de otro canalla?

Odiaba aquella sensación de fracaso… Sin embargo, había vuelto a experimentar el amor y por eso siempre le estaría agradecida. Aunque no se lo mereciera.

Le temblaban las manos mientras abría la puerta, pero sonrió al

ver a Jane.

—Bienvenida a casa.

—¡Mariah, qué alegría! —exclamó su amiga, abrazándola.

—Yo también tenía ganas de verte. Oye, ¿te importaría dejarme un momento a solas con Zayad?

—No, claro que no. Voy a deshacer la maleta. ¿Vamos al cine después?

—Lo que tú quieras.

Jane subió la escalera corriendo y Mariah miró a Zayad a los ojos. No la sorprendió ver que estaba sonriendo. Ningún arrepentimiento, ningún asomo de culpa. ¿Para qué disimular?

—Te has levantado muy temprano.

—Quería ir a la biblioteca.

—¿Has encontrado lo que estabas buscando?

—Sí —suspiró Mariah—. Y también he encontrado lo que estaba buscando aquí, en casa.

—Lo siento —dijo Zayad, confuso—. No sé de qué hablas.

—He oído la conversación… ¡Qué tonta soy! Sospechaba que te gustaba Jane desde el principio, pero cuando mostraste interés por mí, pensé que…

—¿Qué estás diciendo?

—Por favor, te he oído coquetear con ella…

—Puede que te lo haya parecido, pero te aseguro que no es así. Eso sería imposible.

—No juegues conmigo, Zayad.

—¿Por qué no confías en mí?

—Por favor… me conoces, sabes lo que sufrí con mi marido. Después de oír esa conversación, ¿crees que puedo confiar en ti?

Entonces sonó el timbre.

Pero Mariah no se movió.

—¿Quieres que abra yo? —preguntó Zayad.

—No, ya voy —suspiró ella por fin—. Además, creo que ya hemos terminado. No hay nada más que decir.

«*Otro cobarde*», pensó, mientras abría la puerta.

Pero entonces dejó de pensar en Zayad. Porque, como en la escena de una película, mil fogonazos estallaron en su cara.

Capítulo 15

—Me han encontrado. Ven enseguida.

Zayad apagó el móvil y se pasó una mano por el pelo. Todo era un desastre. Primero había cometido el error de decirle a su equipo de seguridad que lo dejara en paz. Segundo, había esperado demasiado para contarle la verdad a Mariah.

Y ahora tenía a los *paparazzi* en la puerta, una hermana convencida de que quería ligar con ella y a la mujer a la que deseaba más que a ninguna otra en el mundo pensando que era un canalla.

Jane bajó corriendo de su habitación.

—¿Qué pasa?

Mariah miraba a Zayad, atónita.

—¿Te han encontrado? ¿Qué significa eso? Hace un minuto estabas coqueteando con…

—Mi hermana —dijo Zayad.

—¿Qué?

Jane llegó a su lado en ese momento.

—¿Qué?

Un golpe en la puerta de atrás hizo que las dos mujeres dieran un salto.

—Es uno de mis hombres, tranquilas. Perdonad un momento.

Mariah y Jane se miraron, atónitas.

Zayad volvió enseguida con Fandal.

—Es mi jefe de seguridad.

—¿Tu jefe de seguridad? —repitió Mariah—. ¿De qué estás

hablando? ¿Qué está pasando aquí?

—Mi nombre es Zayad Al-Nayhal, soy el sultán de Emand.

Mariah y Jane volvieron a mirarse, al borde del desmayo.

—¿Qué? —exclamaron, al unísono.

—Hace un par de semanas descubrí que el ayudante de mi padre había hecho una confesión poco antes de morir. Según él, mi padre vino a California hace veinticinco años y mantuvo un romance con una mujer. Un romance cuyo resultado fue una hija…

Mariah sacudió la cabeza.

—No entiendo nada.

—Yo ya sabía la verdad antes de salir de Emand, pero quería conocer a esa mujer personalmente. Quería saber si podía ocupar su sitio en Emand.

—No puede ser… —empezó a decir Jane.

Zayad asintió con la cabeza.

—Eres mi hermana, Jane.

—Mi padre murió…

—Murió, pero mucho después de que tú hubieras nacido.

—Pero mi madre me lo habría contado. Ella no me mentiría.

—Mintió para protegerte. El ayudante de mi padre jamás lo informó de tu nacimiento, nunca supo que había tenido una hija. Y tu madre ha creído durante todo este tiempo que mi padre no la amó, que no significó nada para él. Sólo ha mentido para protegerte.

Jane estaba pálida.

—¿Y tú por qué has mentido?

—Pensé que era mejor no revelar mi identidad. Tenía que verte…

—Para comprobar si estaba a la altura, ¿no?

—Así es.

Mariah se dejó caer en el sofá, aturdida. Todo había sido una mentira. No quería salir con Jane, pero la había usado de todas formas para llegar hasta ella. Recordaba sus preguntas, su interés por llevarla a ver a Tara…

¡Qué tonta había sido!

—Sé lo que debes de estar pensando —dijo Zayad cuando Jane subió a su habitación para hablar con su madre por teléfono.

—Déjame, no me apetece hablar…

—Mariah, deja que sea sincero contigo.

—¿Ah, sí? Pues sería la primera vez.

Él dejó escapar un suspiro.

—Esto empezó como un engaño para conseguir información sobre Jane, pero debes creerme, todo cambió en Ojai. Entonces me di cuenta de que sentía algo por ti.

—Pero seguiste mintiendo.

—Mariah, no es fácil contar algo como esto.

—Se lo contaste a Tara, ¿no?

—Tara supo quién era yo desde el primer momento.

—Ya.

—Sé que estás furiosa…

—¿Furiosa? Estoy más que furiosa. Tú sabías lo que había sufrido con mi ex marido, sabías todo eso y seguiste mintiendo.

—Lo siento, de verdad. Tenía que conocer a Jane, comprobar si de verdad era mi hermana. No podía pensar en otra cosa… Sí, es verdad, he sido egoísta, pero es que no quería que lo nuestro terminase, no quería que te alejaras de mí.

—Como vas a hacer tú dentro de nada.

—Tengo responsabilidades en mi país, Mariah. Debes entenderlo. Yo no había previsto nada de esto, no quería hacerte daño… Y quiero que vengas conmigo a Emand. Quiero que seas mi mujer.

Ella se quedó inmóvil, con el corazón latiendo a mil por hora.

Que fuera su mujer… su mujer. Le gustaría tanto poder decirle que sí, pero… no le había dicho que la amaba.

¿Era eso importante?, se preguntó.

—¿Recuerdas lo que hablamos aquel día, en la playa? Que el sultán necesita consejeros, que intenta hacer lo posible por ayudar a sus súbditos…

—Sí —murmuró Mariah.

—Tú podrías ayudarme tanto…

Parecía hablar en serio. Y sus ojos estaban llenos de ternura. La quería, quería casarse con ella. Si lo perdonaba, si lo creía, podría ser la esposa de aquel hombre, Jane sería su hermana de verdad…

Sonaba maravilloso, como un cuento. Pero para una mujer con su pasado, todo era demasiado bonito para ser verdad.

—No puedo —murmuró, con los ojos llenos de lágrimas. El

miedo era demasiado grande—. No puedo ponerme en esa posición otra vez. Duele demasiado.

—¿No puedes perdonarme, mi’nár? ¿Conociendo las circunstancias no puedes perdonarme? ¿No me amas, Mariah?

Ella hubiera querido gritar que lo amaba, que jamás había amado a un hombre como lo amaba a él. Pero no podía hacerlo.

¿Y si estaba usándola de nuevo? ¿Y si era una treta para convencer a Jane de que fuese a Emand?

—Lo siento —dijo con voz ronca.

—No puedo quedarme aquí mucho tiempo… Ahora que los periódicos han descubierto mi presencia, debo volver a mi país.

—Entiendo. Buen viaje.

—Te quiero, Mariah Kennedy —dijo Zayad en voz baja.

Y luego desapareció.

Mariah se quedó sola, con el orgullo intacto, pero el corazón partido en dos.

Capítulo 16

Las luces de Emand aparecieron ante sus ojos.

Había pensado que sentiría una gran paz cuando llegara a su país, pero no era así. Se sentía vacío.

Mariah se había negado a ir con él. Era duro, pero debía aceptar su decisión.

Y Jane… Su hermana había dicho que necesitaba pensarlo, que aquello era demasiado repentino, demasiado sorprendente.

Las luces seguían flotando frente a él, pero Zayad sólo podía ver los ojos de Mariah. Sus ojos llenos de lágrimas.

No podía culparla.

Un criado se acercó entonces con una bandeja.

—El postre, Alteza.

Zayad lo miró y deseó aplastarlo con el puño. Nada tenía sentido en aquel momento, nada importaba… excepto que había perdido al amor de su vida, al único amor de su vida.

Si pudiera volver a California lo haría de inmediato. Pero sabía que eso no serviría de nada.

Tenía que esperar. Semanas, meses quizá, atormentándose.

Pero no podía perderla. Cuando volviera a buscar a Jane, intentaría convencerla de nuevo.

Lo haría una y otra vez. Hasta que Mariah lo perdonase, hasta que aceptara su amor.

* * *

-¿Cuál es el veredicto? —preguntó Jane, golpeando la puerta del baño.

Desde que Zayad se había ido, tres semanas antes, Mariah había experimentado rabia, desesperación, soledad…

Y en aquel momento era feliz. Por fin, era feliz.

Sentada al borde de la bañera, con el corazón acelerado, sostenía en su mano una prueba de embarazo. Y había dado positivo.

—¡Déjame entrar!

Mariah se levantó, con las piernas temblorosas.

—Vas a ser tía.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Jane, abrazándola.

—Yo tampoco. Y ten cuidado, no seas bruta.

—¿Cómo ha podido pasar?

—No lo sé. Tuvimos mucho cuidado… bueno, no siempre. En una ocasión no fue así.

—¿Lo ves? La naturaleza sigue su propio curso. Aunque a veces los seres humanos sean unos cabezotas…

—No quiero hablar de eso.

Llevaba semanas discutiendo con Jane. Ella quería que hablase con Zayad, pero…

—Muy bien, ya estamos…

—Me mintió.

—Mariah, tú sabes que era una situación complicada. No quería mentirte… Zayad se enamoró de ti de verdad. Y no es Alan, no tiene nada que ver con Alan.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—No sé… quizá tengas razón, quizá me cuesta convencerme de que son dos hombres muy diferentes.

—Tienes que hablar con él, Mariah.

—Por cierto, tía Jane, parece que tú has aceptado muy bien eso de ser princesa.

—Mi madre —dijo Jane, encogiéndose de hombros—. Creo que Zayad la impresionó. Me ha contado quién soy, quién era mi padre… no tiene sentido negarlo, ¿no?

—Pero una familia nueva, un país que no conoces…

—Lo sé. ¿No es maravilloso? Hablé con Sakir ayer por teléfono.

Y con su mujer. ¿Sabes que está casado con una chica de Texas?

—Vas a ir a Emand, ¿verdad? —preguntó Mariah entonces.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Nos vamos el viernes.

—¿Nos vamos?

—Mi madre y yo. Tara quiere conocer Emand… aunque ya casi lo conoce porque mi padre le habló mucho de su país. Así que ya es hora, ¿no?

A Mariah se le encogió el corazón.

—¿Y a Zayad no le importa que vaya?

—No.

—¿Has hablado con él?

—Anoche, sí.

—¿Y te preguntó…?

—Está loco por ti, Mariah.

Ella negó con la cabeza.

—No sé…

—Pero no quiere presionarte.

—A lo mejor necesito que me presione —confesó Mariah entonces—. ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé. Sólo puedo hablar por mi propia experiencia… —dijo Jane, apretando su mano—. Y yo creo que un hijo debe conocer a su padre. Hazlo por tu hijo, Mariah.

* * *

Mariah estaba boquiabierta y siguió así mientras la limusina atravesaba la verja de hierro forjado hasta el palacio del sultán. Era exactamente como Zayad lo había descrito: jardines inmensos, estanques, árboles. Un palacio de fantasía, de *Las mil y una noches*.

No podía creer que estuviera allí. No podía creer que Zayad fuera el sultán.

Después de pensar en su futuro y en el futuro de su hijo, había decidido que no había otro sitio para ellos más que al lado de Zayad. Si él seguía queriéndola, claro.

Y había decidido ir antes que Tara y Jane. Si iba a rechazarla,

quería que hubiera la menor cantidad posible de testigos.

—Por aquí, señora.

—Gracias —murmuró Mariah, entrando en la biblioteca más hermosa que había visto en toda su vida.

Entonces se fijó en algo… algo que no cuadraba mucho en aquel lugar tan antiguo.

—¿Es un original? —preguntó, señalando un cuadro de Hockney.

—Sí, señora —contestó Fandal—. Su Alteza lo compró cuando volvió de Estados Unidos.

—¿Ah, sí?

—Me alegro de que haya venido, señora. El sultán se pondrá mejor.

—¿Se pondrá mejor? ¿Es que está enfermo?

—No debería hablar de esto… pero nunca lo había visto tan… ha perdido peso y no puede concentrarse en nada.

Mariah no podía oír nada más.

—Fandal, por favor, ve a buscarlo.

El hombre sonrió, mientras cerraba las puertas.

Mariah se dejó caer en el sofá de terciopelo verde, sintiendo como si le faltara el aire. Había imaginado aquel momento mil veces durante el viaje, pero no sabía cómo iba a terminar.

Enseguida oyó pasos al otro lado de la puerta y se levantó, nerviosa.

—Te he dicho que no quería que me molestase nadie —oyó la voz de Zayad—. ¿Qué puede ser tan importante…?

Entonces abrió la puerta y al verla, se detuvo.

—Mariah…

—Tenía que venir.

—Mariah…

—Tengo que contarte algo.

—¿Qué?

—Bueno, para empezar, he ganado el caso. Gracias a tu ayuda, ahora una madre tiene la custodia de sus hijos. Y es definitiva.

—Me alegro —dijo él, después de aclararse la garganta—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Gracias a Fandal. Hable con él y lo organizó todo. Yo… tengo que contarte algo importante, Zayad.

—Dime —musitó él, acariciando su pelo.

—He traído la espada que te dejaste en casa.

—Gracias.

—La compraste para tu hijo, ¿no?

—Sí.

—¿Podrías encontrar otra, Zayad?

—¿Cómo? ¿Quieres una espada?

—No es para mí… —Mariah tragó saliva—. Zayad, ¿me quieres?

—Más que a mi vida —contestó él.

Los ojos de Mariah se llenaron de lágrimas.

—La espada es para nuestro hijo.

—¿Qué?

—Estoy embarazada.

En los ojos de Zayad, de repente, apareció una luz. Una luz que había desaparecido. Un brillo de felicidad.

Entonces la apretó contra su corazón, murmurando palabras que ella no entendía, pero que podía sentir en el alma.

—Mi amor, mi nár.

—Por favor, dime lo que significa.

—Significa «*cariño mío*».

Mariah sonrió, sintiéndose tan ligera como una pluma.

—Así es como debe ser. Juntos, tú, yo, nuestro hijo.

Se quedaron abrazados durante largo rato, pero Mariah debía decirle muchas más cosas.

—Quiero que sepas que entiendo por qué hiciste lo que hiciste.

—Cariño…

—Te quiero, Zayad. Quiero que mi hijo viva con su padre y su madre. Quiero que nos vea como estamos ahora, enamorados, felices, capaces de entregarnos el uno al otro.

—¿Puedes confiar en mí otra vez?

—Sí, mi amor. Cometiste un error y yo me asusté, pero no volveré a hacerlo.

—Te quiero tanto, Mariah…

—Y yo a ti.

—¿Te casarás conmigo?

—Por supuesto.

—¿Y serás feliz aquí?

—Seré feliz donde tú estés, amor. Como tú mismo dijiste, hay

mucho trabajo aquí para mí y estoy dispuesta a hacerlo.

—Tienes que conocer a Redet… le he hablado tanto de ti…

—Yo también tengo muchísimas ganas de conocerlo.

—¿Quieres que vayamos ahora?

—Ahora mismo. Quiero conocer al hermano de mi hijo —rió Mariah.

—Redet siempre ha querido tener una madre —murmuro Zayad.

—Pues ya la tiene. Yo siempre he querido tener una gran familia, ¿sabes?

Los ojos de Zayad brillaban de emoción, pero a un hombre con tanto poder no le estaba permitido llorar.

—Te quiero —dijo con voz ronca—. Soy el hombre más afortunado del mundo.

—Creo que los dos lo somos.

—Sí.

—Creo que alguien ha decidido que después de lo que hemos pasado, nos merecíamos la felicidad.

—No sé si te merezco —murmuró Zayad, buscando sus labios—. Pero estaré toda la vida intentando ganarme tu respeto y tu amor.

Salieron de la biblioteca de la mano, sin dejar de sonreír, como dos críos enamorados.

Y con un encantado Fandal unos metros detrás de ellos, Zayad empezó una nueva vida con la única mujer a la que había amado.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.